

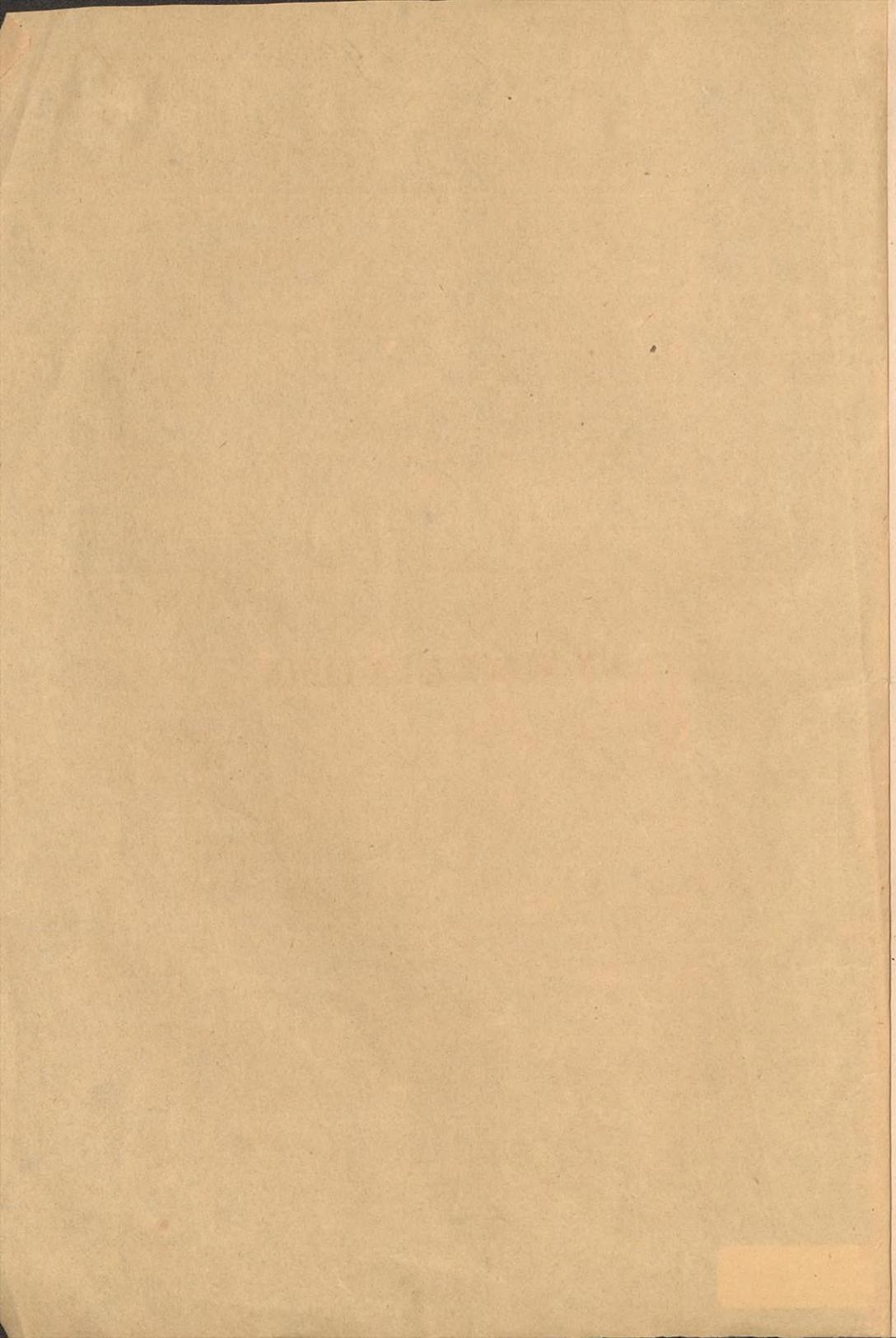
8024

n^o 292 Junio 12/69

UN VIAJE A LA LUNA

5606

L47 - 7333



147-7333

UN VIAJE A LA LUNA

SCENO PARTICULAR

POA

PEREZ JUAN DE LA INOLA

UN VIAJE A LA LUNA.

Mancet Santesteban

UN VIAJE A LA LUNA

SUEÑO PARTICULAR.

POR

PROLOGO.

PRESTE JUAN DE LA INDIA.



MADRID: 1863.

IMPRENTA DEL COMERCIO, calle del Olivo, 31.

UN VIAJE A LA LUNA

SERZO PARTICULAR.

POB

ERESTE JUAN DE LA INDIA.

UN VIAJE A LA LUNA



MADRID: 1883.

Imprenta del Comercio, calle del Olivo, 31.

PRÓLOGO.

Por las reflexiones que estampo al principio de esta obrita, vendrá en conocimiento el amado lector, de que mi ánimo al formular el VIAJE A LA LUNA, no fué sacarlo al público por ahora, sino despues que ya hubiese desaparecido de este valle de lágrimas, puesto que está enlazado con la historia de mi vida privada; pero el interés en favor de mis hermanos en Adan, que quisiera fuesen mas felices que lo con en el día por su grande apego al dinero, me há hecho soncebir el proyecto de arreglar este VIAJE A LA LUNA, sin que se altere en nada el hilo de su narracion, aunque no siga la historia de mi vida privada.

¿No vés, amigo lector, que son muy infelices los hombres en la época presente? ¿De qué te parece les proviene esta infelicidad? Porque en el día no hay mas que un furor des-

VI

ordenado hácia el dinero, por el cual sacrifican al amigo y hasta lo mas sagrado, que es á quien nos há de juzgar en la otra vida.

A esto se me dirá que este siglo es de positivismo, y que por consiguiente, lo primero que debe hacerse es disfrutar de este mundo todo lo que se pueda, á cuyo efecto no hay motor mas fuerte que el dinero. ¿Pero el dinero le podrá proporcionar la mas grande felicidad que el hombre tiene en esta vida transitoria, que es el amor de su prógimo? No, porque como para adquirir este metal no repara en los medios por bajos y viles que sean, no solo no le ama su prógimo, sino que le teme y huye de su compañía.

Hubo un Judas que vendió por el dinero á su mejor amigo, y todos sabemos el fin desastroso que tuvo este infeliz hombre. Creia que el dinero le proporcionaria su felicidad, y fué su desgracia, porque su conciencia le ponía de manifiesto su iniquidad.

¿Y crees tú que no les sucederá lo propio á los que tal hagan en el dia con su prógimo? ¡Oh sí! Tarde ó temprano la conciencia há de venir á acibarar sus dias.

El dinero no hace nuestra felicidad: lo único que podrá proporcionar es la realizacion de algunos vicios, ó llámense si se quiere comodidades, las cuales sucede muchas veces, nos traen penalidades corporales si damos rienda suelta á nuestras pasiones desordenadas; y esto será cuando para lograr estas comodidades, no haya sacrificado á su prógimo, porque entonces se unen las penalidades corporales á las espirituales, y ya ves qué feliz será este hombre.

¡No reparas tambien, amado lector, si es que tu edad há

VII

podido alcanzar verlo, que hace unos treinta años, cuando los hombres, en lo general, no tenían esta sed de dinero, eran mas expansivos, amaban la amistad, y no llamaban tontos á los que, siguiendo la voz sana de su conciencia, no podían ó no querían sacrificar á su prógimo por el dinero? Si tu no has hecho alto en esto, porque aun no te há tocado esta desgracia, creo que continuando la marcha que han trazado los filósofos del dinero, no tardarás en experimentarlo.

Yo no puedo detener el torrente de la pasion desordenada al dinero, que se há apoderado en este siglo de los hombres; porque esto solo Dios puede hacerlo: pero permítaseme á lo menos que suplique á mis hermanos en Adan, hagan lo posible para amar mas al amigo que al dinero, y de seguro la moralidad remplazará al vicio del dinero, y triunfará la caridad, principio y fin de nuestra dicha.

Tambien debo advertirte, querido lector, que en la redaccion del VIAJE A LA LUNA, no hallarás mas que espresiones familiares; porque á mi modo de ver, de esta suerte me entenderán todas las clases de la sociedad.

Y por último, seré franco contigo, diciéndote, que todo mi anhelo se reduce á que el hombre guarde el equilibrio de todas sus pasiones; lo cual si tuviese la dicha de lograrlo, daria por bien empleado todo mi trabajo; estando seguro que por esta causa le disimularás cualquiera falta que haya cometido tu afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. T. M.

PRESTE JUAN DE LA INDIA.

podido alcanzar verlo, que hace unos treinta años, cuando los hombres, en lo general, no tenían esta sed de dinero, eran mas expansivos, amaban la amistad, y no llamaban tonos á los que, siguiendo la voz sana de su conciencia, no podían ó no querían sacrificar á su prójimo por el dinero? Si tu no has hecho alto en esto, porque aun no te has tocado esta desgracia, creo que continuando la marcha que han trazado los filósofos del dinero, no tardarás en experimentarlas.

Yo no puedo detener el torrente de la pasión desordenada al dinero, que se há apoderado en este siglo de los hombres; porque esto solo Dios puede hacerlo: pero permítaseme á lo menos que suplique á mis hermanos en Aduán, hagan lo posible para amar mas al amigo que al dinero, y de seguro la moralidad reemplazará el vicio del dinero, y triunfará la caridad, principio y fin de nuestra dicha.

Tambien debo advertirte, querido lector, que en la redacción del VIAJE A LA LUNA, no hallaras mas que expresiones familiares; porque á mi modo de ver, de esta suerte me entenderán todas las clases de la sociedad.

Y por último, seré franco contigo, diciéndote, que todo mi anhelo se reduce á que el hombre guarde el equilibrio de todas sus pasiones; lo cual si tuviere la dicha de lograrlo, daría por bien empleado todo mi trabajo; estando seguro que por esta causa le disminuirás cualquier falta que haya cometido tu afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. T. M.

PRESTE JUAN DE LA INDIA.

quiera estar aun mejor; y de consiguiente, ni uno, ni otro, repara en los medios para alcanzarlo.
Decimos generalmente que no somos dueños de nuestras acciones, y es claro que así sucede cuando no sujetamos nuestras pasiones.
Hasta ahora ninguno creo habrá llegado al colmo de la felicidad terrestre, pues siempre le queda que desear al hombre, y de aquí para adelante, con muchos que desear, trastornan y tercer desseo, y tan pocos trabajos su primero, tan pronto se basta de él; por lo que á veces parece volver á su primitivo ser, cosa imposible, porque los tiempos pasan, y no volverlos á ver con igual-
dad de circunstancias.

INTRODUCCION.

EPOCA X DE 1858 A 1862.

Otras sucede que uno está contento con su suerte, pero como otro desear lo que aquel disfruta, éste no perdona más dio alguno para lograrlo, de lo que se origina el mal estar de entrambos.

Parecia, que despues de haber llegado á la altura de descanso y tranquilidad en que me encontraba en la anterior época, ya no tendria que añadir nada á mi historia, pero me he equivocado, como se equivocarán cuantos como yo discurren.

El hombre hasta que exhale el último suspiro, es decir, que pase á mejor vida, tiene que dejar abierto el libro de su historia, puesto que mientras viva, naturalmente tiene que sufrir las consecuencias de la inestabilidad de las cosas de este mundo, decretadas por el Ser Supremo, desde el momento que el primer hombre desobedeció sus mandatos.

Y bien: si no hubiese estos vaivenes, quizá no nos hallaríamos contentos, pues diríamos que era una cosa monótona el estar siempre de una misma manera.

La condicion humana es propensa á variaciones como lo demuestra la historia desde el principio del mundo; y á no dudar, seguirá esta propension hasta el fin de los siglos, si otra cosa no dispone el Hacedor de todas ellas.

Que con nuestras pasiones atraemos nuestras vicisitudes, pasando de un estado á otro, tampoco cabe duda, pues el que está mal, quiere estar bien á su modo, y el que está bien

quiere estar aun mejor; y de consiguiente, ni uno, ni otro, repara en los medios para alcanzarlo.

Decimos generalmente que no somos dueños de nuestras acciones, y es claro que así suceda cuando no sujetamos nuestras pasiones.

Hasta ahora ninguno creo habrá llegado al colmo de la felicidad terrestre, pues siempre le queda que desear al hombre, y de aquí proviene que queriendo adquirir aquello que desea, trastorna el estado anterior. Logra con muchos ó pocos trabajos su primero, segundo y tercer deseo, y tan pronto como lo há logrado, tan pronto se hastía de él; por lo que á veces quiere volver á su primitivo ser, cosa imposible, porque los tiempos pasan para no volverlos á ver con igualdad de circunstancias.

Otras sucede que uno está contento con su suerte, pero como otro desee lo que aquel disfruta, éste no perdona medio alguno para lograrlo, de lo que se origina el mal estar de entrambos.

De aquí esas enemistades, esos odios y esos males sin cuento que vemos estampados en los escritos.

También suele acontecer, que por variar de posición, algunos creen que trastornar á una familia que vive dichosa, es un bien para ellos; y en efecto así se les figura, porque parece gozan cuando logran su intento.

Però de todos los deseos, puesto que al parecer no puede uno hallarse sin deseos, el mejor será aquel que sea logrado sin ocasionar daño á tercero. Esto es, que se contenga en los límites de la moderacion.

Al deseo acompaña la esperanza. Si este se funda en buenos principios, será bueno; y si en malos, será malo. Puede uno desear el bien que otro disfruta, mas para lograrlo sin ocasionarle daño, tiene que esperar, y ahora entra la esperanza de poseerlo, con cuya esperanza, sin remordimiento de su conciencia pasa su vida tranquila.

Por el contrario, el deseo es vehemente y no quiere esperar, aunque con la espera quizás podría lograrlo, y entonces pone en juego cuantos recursos le vienen á mano, sin reparar en los daños que pueda causar á su hermanos, y claro es que este deseo es malo.

Para todos los deseos que no puedan adquirirse por buenas vías, el contrapeso mas fuerte es la conformidad. De ella dimana la sujecion de nuestras pasiones y nuestro descanso. Porque es claro, que si yo me conformo con mi suerte, que aunque deseo tener la del otro, veo que naturalmente en lo presente no puedo adquirirla, no me agito ni perjudico mi salud.

La conformidad con su suerte, es precisamente lo que dá sosiego y vigor á la vida; ¿pero se conforman todos con su suerte? No; de aqui las vicisitudes humanas y ese continuo movimiento para adquirir otra nueva posicion, la cual adquirida ya, no le parece tan buena como él se habia figurado y ya quiere otra.

El hombre con el deseo, la esperanza y la conformidad, vive. Sin estas tres cosas, muere.

Vive cuando desea principalmente, agradar á Dios, para lograr en el otro mundo un descanso eterno, que unida la esperanza de lograrlo, se desliza tranquilamente al fin de su deseo.

En este deseo se encierran todos los deseos; por que es evidente, que queriendo agradar á Dios no ha de querer dárñar á tercero, sino procurar su bien, y queriendo hacer bien, do mina aquellas pasiones que se oponen á este objeto, con lo que necesariamente espera y se conforma á lograr una felicidad permanente y eterna.

Muere, cuando nada desea ni espera, por que primeramente desconfia de la vida eterna, y en la transitoria no vé en ella, cosa que le halague. Este, además de estar moralmente muerto, sufre sin encontrar quien le consuele; por que sin controversia alguna, el hombre no halla otro descanso mas que cuando se dirige al Ser Supremo en todas sus aflicciones.

En la clase de los muertos estan aquellos hombres que el solo desean placeres mundanos, sin hacer caso de lo que haya en el otro mundo, á quienes se les señala con el nombre de positivos, los cuales para lograr sus deseos causan mas daños que una epidemia; y al fin despues que logran todo lo que han deseado, cuando no hay mas que desear, les entra el cansancio de esta vida, y despues la desesperacion.

Todos, sin escepcion alguna, dirán, que lo manifestado es cierto; pero respecto á la ejecucion, cada uno tira por donde le dirigen sus pasiones, sin hacer caso á tantas reflexiones de esta clase manifestadas desde el principio del mundo, puesto que cada uno se forma una filosofia particular para arreglar sus acciones; de lo que dimanar hallarse los hombres con los mismos defectos á propensiones que al principio de la existencia humana.

En su consecuencia, y siendo este pecado general, diré, que yo, creyéndome feliz con el descanso que gozaba, me parecía que ya no tendria mas que desear, mas héte aquí, que por un incidente, que no esperaba, me veo precisado á

En esta época queda cerrada mi historia, hasta que sucesos de monta en adelante vuelvan á reanudarla: en el entretanto, no debo pasar en silencio el gran sueño que he tenido en una de estas noches pasadas, producido á no dudarlo, por hallarse mi imaginacion ocupada con las reflexiones que acabo de estampar sobre nuestros deseos sin límite.

En la citada noche, que era por diciembre, despues de haber tomado un poco de escarola por cena, que es lo mismo que refrescar el estómago, lo cual segun personas entendidas, se evitan las apoplegias, me retiré á mi camita para descansar de las fatigas del dia.

Me lisongo, y por ello doy gracias á Dios, de tener tan próximo el sueño, que muchas veces con dos minutos tengo lo suficiente para estar en buena posesion de él, y en esta noche creo lo alcancé antes, pues no pude acabar un padre nuestro, aunque procuré reanudarlo por dos veces. Sea como quiera, el resultado es, que yo soñé mil cosas, las que procuraré coordinar segun pueda, para diversion, y entretenimiento, y por si á alguno de mis hermanos puede serle útil su contenido.

guass veces se le visto que el principal se queda sin capital y el dependiente se hace rico. Hallando salida tan bien del negocio, me atreví á escribir al principal me permitiese permanecer en Paris un mes, para poder ver todo lo que enierta de notable esta capital, y pasar una temporada de bolsaca, y mi principal me contestó por la afirmativa; desde este momento me dediqué á distraer de

SUEÑO.



PARRAFO PRIMERO.

Tomado posesion de este grande alimento de nuestro cuerpo, me dirigí á casa de mi principal, se entiende con la imaginacion, quien me manifestó debia emprender sin pérdida de tiempo un viaje á Paris, para desempeñar un negocio de Bolsa muy importante.

Mi contestacion fué, la de hágase su voluntad; y de consiguiente, en un abrir de ojos, me encontré en una de las mejores fondas de Paris; y sin dimes ni diretes, pedí que abrigasen mi estómago con buenos manjares; es decir, mas positivos que la escarola que en aquellos momentos estaba funcionando en él.

Comí perfectamente de todo lo que me pusieron, y despues de los postres y de descansar un poco, me fuí á desempeñar mi cometido, que me salió á las mil maravillas; y en su consecuencia, puse un parte telegráfico á mi principal de la favorable solucion del negocio, pues segun mi cuenta, se ganaban en él cuarenta mil duros.

Suele decirse, que el que hambre tiene, en pan sueña; y por lo mismo yo soñaba que ganaba esta cantidad, aunque en realidad para mí no fuese, puesto que no tengo parte en las ganancias, pudiendo tenerla en las pérdidas, porque disminuyéndose el capital del principal, podia muy bien, ó rebajarme el sueldo, ó quedarme cesante.

Hé aquí un método, por el cual trabaja uno para hacer rico á otro; esto es, cuando se camina de buena fé, pues al-

gunas veces se ha visto que el principal se queda sin capital y el dependiente se hace rico.

Habiendo salido tan bien del negocio, me atreví á escribir al principal me permitiese permanecer en Paris un mes, para poder ver todo lo que encierra de notable esta capital, y pasar una temporada de holgueta, y mi principal me contestó por la afirmativa; por lo que desde este momento me dediqué á disfrutar de su permiso.

Me abstengo de referir lo que pasa con los de allende los Pirineos, puesto que en Madrid sucede lo mismo, pues los mismos defectos y virtudes tienen los franceses y demás naciones, que los españoles, solo que en algunas partes están en mas vigor ó la virtud ó las pasiones desordenadas; así que en lo general, para mi, no encuentro diferencia en lo que sucede en Paris, á lo que está pasando en Madrid.

En esta inteligencia dire, que una tarde, despues de comer, salí á dar un paseo por los Campos Eliseos; y estando absorto en mis meditaciones sobre la poca estabilidad de las cosas de este mundo, se me acercó un pobre de buena presencia y de unos cuarenta años de edad, quien me pidió una limosna en buen español.

El ser español y su carácter simpático, me llamaron sobre manera la atención, por lo que le di una buena limosna, y hasta le ofrecí le vestiria y daria de comer mientras yo permaneciese en Paris.

El agradeció mucho esta oferta, dandome las gracias, y me dijo la aceptaba, con la condicion de que yo no rehusaria, cuando él se propusiese remunerarme este acto de generosidad.

Le manifesté que no tenia inconveniente en acceder á lo que me proponia, por lo cual le suplicaba me siguiese con el fin de poner en ejecución mi oferta de vestirle.

Dicho y hecho, nos encaminamos á una roperia, en la que encontró todo lo necesario para desfigurar su persona, en términos que yo casi le conocia; tal era la transformación que habia ocasionado en él su nuevo vestuario.

Despues nos fuimos á la fonda para arreglar una habitación á mi amigo, y logrado esto, se mandó traer la cena para los dos, con cuyo motivo, mientras se tomaba este refrigerio

(en la imaginacion, pues en mi estómago solo habia escarola) entablamos la conversacion siguiente:

—Amigo mio, le dije, estoy contento con la amistad de V., pues me proporciona el placer de pasar con V. unos buenos ratos.

No quisiera que en manera alguna tomase V. por un acto de beneficio lo que yo hé hecho por V., si no como una obligacion sagrada de socorrer á un compatriota y hermano en dan.

—Primeramente, me contestó, doy á V. las gracias por el singular favor que me hace, tanto de ser su amigo, como de ser obsequiado por V. con tanta generosidad, pero debo advertirle seguidamente que yo no soy español ni tampoco de este mundo, sino del mundo de la Luna: es decir, del sitio lunar.

Esta manifestacion me llenó de admiracion, pues me traia á la memoria lo que habia oido á muchos, de que en la Luna habia habitantes, y que no queriendo darles yo ascenso, por mi incredulidad me veia confundido con la presencia de un habitante de ella.

Pero dicha manifestacion no me confundió tanto como la observacion que hice, de que los habitantes de la Luna tenían igual idioma que los españoles; así que, le pregunté á mi nuevo amigo me descifrase este enigma, quien me dijo, que él ignoraba hubiese mas idiomas que el suyo, puesto que lo mismo le entendian los franceses y demás naciones cuando él hablaba, como comprendia á todos, sea quien fuese el que le dirigiese la palabra.

Esto me recordó lo que dicen de un gran sabio del presente siglo, que estaba trabajando para formular un método, por el cual se entendiese todo el género humano, cosa maravillosa, pues con esto no habia mas que aprender dicho método y podia uno andar todo el mundo sin cuidado de que no le comprendiesen; con lo cual se evitaba lo que actualmente sucede con tantas lenguas, que no tiene el hombre vida suficiente para aprenderlas todas.

Dicen bien, que el siglo XIX, es el siglo de las luces y de los descubrimientos sobrenaturales, puesto que lo que no pudieron lograr todos los médicos sábios que há habido hasta

el presente con tanto afán, que era un remedio universal para todas las enfermedades del genero humano, los hombres de este siglo lo hallaron con la mayor facilidad.

Primero salió L'Roy, que hizo prodigios, y al presente se halla en voga la Homeopatia; aunque á decir verdad, cada uno comenta á su modo estos dos remedios; pero lo mas admirable es ver en los *Diarios de avisos* los anuncios de, No mas tos: No mas calvas. Esto, no obstante, siguen las toses, las calvas y demás enfermedades propias de los míseros mortales.

Y para que todo sea admirable y sorprendente en el presente siglo, obsérvese, que hemos llegado á alcanzar la cosa mas peregrina que se ha conocido, que es, que sin estudiar ni romperse los cascos puede uno salir un gran sábio, pues los maestros todo lo dan hecho y mondado, segun puede verse por los cuadros, carteles que se hallan en la casa Correos de la Puerta del Sol de Madrid, en donde tambien se anuncia que se sacan de raiz en tres minutos los callos de los piés, sin dolor de ninguna especie, á no ser el que sufre el bolsillo; pero en contra de tantos beneficios como nos reportan estos adelantos, nos falta la buena fé, la amistad verdadera, la conciencia, y demás virtudes; sin cuyas cualidades, el hombre es infeliz y desgraciado.

A la verdad que el entendimiento del hombre en el dia está tan sutil que no será extraño que alguno formule un método que sirva para vivir sin comer en este mundo; mas desde luego pronostico, que si esto llega á realizarse, el género humano desaparecerá de la tierra.

Estas reflexiones pasaron por mi imaginación como un rayo; así que, mi compañero no lo advirtió y continuó diciendo: —Si amigo mio: yo soy uno de los habitantes de la Luna; pero por lo que V. habrá observado en mí, en nada nos diferenciamos de los que habitan la tierra. Iguales defectos y virtudes; en fin, todo igual sucede aquí que allí, como V. verá cuando vayamos á aquellas regiones. Digo cuando vayamos, porque V. se há comprometido á no rehusar, si yo procuraba pagarle lo que habia hecho por mí; y como solo allí puedo hacerlo, por esto es indispensable que me acompañe á esa tierra nueva para V.

Querrá saber el cómo de mi venida á este mundo terrestre, y esto es justo que se lo diga á V., y se lo manifestaré en pocas palabras.

Me hallaba disfrutando de una completa felicidad en un país delicioso, en donde no se conocen ni penas, ni dolores de ninguna clase, cuando por una fatalidad quise averiguar lo que pasaba en el sitio Lunar, siquiera porque allí decian habia variaciones en todos sentidos.

Escuso referir á V., como se puede emigrar de este país de las delicias al país de la Luna, puesto que lo ha de ver usted mismo, asi que solo diré mi pase del país de la Luna á este en que al presente nos encontramos.

Llegado que hube al país de la Luna, me fué forzoso dedicarme á trabajar para ganar mi sustento, mas tuve tal suerte, que en pocos años me proporcioné una buena renta, y por consiguiente una buena posicion social.

Al parecer me hallaba contento con mi suerte, despues de haber sufrido mil trabajos y penalidades, cuando la manía de no estar siempre en un mismo ser, volvió á tentarme otra vez. Es el caso, que trabajando mi imaginacion sobre los efectos que puede producir el gas en todas las funciones de máquina, y puesto que con el mejor éxito se ha establecido en los caminos de hierro, porque ha de saber V., que tambien en la Luna hay caminos de hierro, quise probar cómo se caminaba por los aires auxiliado de este gas.

Toda la dificultad la encontraba en poder dar la direccion que á mí me acomodase, puesto que me faltaba el punto de apoyo que se halla en la tierra, pero á fuerza de ensayos pude al fin lograr mi objeto.

Fué mucha la alegria que tuve con este nuevo descubrimiento, el cual me ponía en una altura á la que hasta el presente ningun mortal habia llegado.

Esto me llenó de orgullo, al que unido mi curiosidad ó deseo de descubrir lo que encerraba la bóveda Celeste, sin tener en cuenta que aquí en la tierra falta la mayor parte que descubrir, hice una barquita, que con la ayuda del globo enchido de gas; y cierto secreto que yo sé, fuí subiendo hasta la altura que quise, desde cuya altura le dí la direccion hácia el Norte; y fué tan veloz la carrera, que en un ins-

tante me hallé cerca de los confines del mundo Lunar.

En este sitio había bastantes nubes, y de entre ellas salió una voz, que me dijo: puesto que tu codicia y deseos sin límites no te dejan disfrutar lo que con tanta liberalidad te ha dado Dios Nuestro Señor, en castigo de tu ingratitude, pasarás entre estas nubes al país donde te esperan sufrir mil calamidades; mas como en medio de tus debilidades, reconoces al que te ha dado el sér, que es Nuestro Padre Celestial, el tiempo de tu peregrinacion, será el de tres años, concluidos los cuales, volverás al seno de tu familia, y no vendrás solo, sino que te acompañará otro hermano tuyo en Adan.

En este momento le interrumpí para decirle, que tambien en España había un sugeto que buscaba el secreto que él había encontrado para andar por el aire con la misma facilidad que por la tierra, pero que hasta el presente no había dado con él.

Este secreto, me dijo, solo lo sabrá V., en el país de la Luna, por si no se halla bien con lo que allá y en el país de las delicias puede disfrutar, y quiere volver á España.

En el entretanto, para abreviar, diré á V., que metido entre las nubes, no ví nada, y cuando estas desaparecieron, me hallé en la tierra de la Siberia.

Sin recursos, y sin conocimiento del país que pisaba, tuve que pedir una limosna; y narrar á V. las fatigas, necesidades y demás que sufrí, y he sufrido hasta hoy, seria el cuento de nunca acabar; pues si V. se ha visto sin dinero, habrá conocido, que sin este metal no se puede proporcionar ninguna comodidad: ¡qué digo, comodidad! ni aun siquiera la consideracion de hermano en Adan, porque el que uno posea este metal en abundancia y el otro carezca enteramente de él, ¿es razon esta para que se le figure al primero que es de otra condicion? De ninguna manera le contestarán á V. todos los que tienen dinero; pero es el caso que dicen una cosa y hacen otra.

Como á los tres años tenia que volver á mi tierra, procuré conservar mi barquita; á cuyo efecto, la escondí entre unas malezas, seguro de que allí la encontraré, pues en aquel sitio no han pisado mas plantas humanas que las mias.

Con esta seguridad emprendí la marcha, y héteme aquí,

despues de mil y mil leguas que hé andado, se entiende, á pié, porque para mí no se han hecho las diligencias ni los caminos de hierro.

Mi residencia en París, es de un mes; y faltándome solo otro mes para cumplir mi condena de los tres años, estaba resuelto á emprender la marcha mañana, como lo haré, cuando he tenido el gusto de conocer á V., habiéndome persuadido por cierta impresion que he notado en mi interior, de que V. es el hermano en Adan; que se me esplicó al tiempo de mi destierro, que vendria en mi compañía.

Por esta razon, en el momento que nos vimos simpatizamos, y de consiguiente, Dios mediante, emprenderemos juntos nuestra marcha, que como V. lleva dinero, no será tan penosa, como la que yo traje; aunque á decir verdad en medio de mis privaciones, no he dejado de disfrutar, siquiera porque he visto con despacio los diferentes paises de este mundo terrestre, que á no dudarlo, es un prodigio y una obra tan admirable lo que Dios nos presenta á nuestra vista, que considerándola me quedaba extasiado, en términos que no andaba algunos dias dos leguas.

Y á no dudarlo, el que va en la diligencia ó en el ferrocarril, irá mas pronto á su destino, que es lo mismo que disfrutar mas pronto de lo que desea; ¿pero há visto algo por el camino? Creo que nada, porque la misma velocidad, no le deja tiempo para examinar el terreno que anda.

Algunos de los hombres del dia manifiestan admiracion al considerar el tiempo que gastaban nuestros antiguos cuando hacian sus caminatas; pero no calculan, que esta misma tardanza les proporcionaba algunas diversiones, porque montados en sus caballos ó mulas de paso, llenas las alforjas de buenos manjares y buen vino, se paraban á disfrutar de ellos en el sitio que mejor les parecia.

Llegaban á la posada ó venta, en donde se reunian otros viajeros, y todos juntos solian pasar una noche deliciosa y alegre. Esto se entiende de los que estaban en posesion del dinero, pues entonces y ahora á los que les falta este metal ninguna ventaja encuentran ni encontraron de aquella parsimonia, ni de esta precipitacion. En fin, en todas las épocas el hombre se distrae con alguna cosa y pasa su vida; por cuya

razon, cuando nos preguntan cómo nos hallamos, contestamos con la palabra de «vamos pasando esta vida miserable».

Concluido que hubo mi amigo su historia, le hice algunas observaciones respecto al cumplimiento de mi palabra, siendo la principal, de que dejaba en Madrid mi esposa y familia, quienes no tenían mas auxilio que mi trabajo, y que faltando yo, se verían en la mayor miseria; puesto que mi principal, viendo no regresaba en su tiempo, pondría otro en mi lugar.

A esto me contestó, que la vida, los bienes y todo lo que habia, disponia el Ser Supremo; y de consiguiente, no yo, sino él, procuraria por sus criaturas, siempre que estas, reconociendo su grande bondad, le pidiesen con fé socorriese sus necesidades.

Mas le hice observar á mi amigo que era muy cierto cuanto me decia; pero que era tambien una obligacion nuestra el no abandonar á las personas que uno queria por el solo capricho de recorrer tierras y satisfacer curiosidades, pues á mi modo de ver, siempre era responsable de los daños que pudiese causar á estas personas, cuando no habia un motivo poderoso para ello.

En este instante oimos una voz que dijo estas palabras: «Es preciso que sigas la direccion que lleve el habitante de la Luna, puesto que te has comprometido á ello, sin cuidarte de lo que acabas de pronunciar».

Ya no me quedó otro recurso mas que el de obedecer este mandato porque me persuadí era voz del cielo, y no de este mundo; por cuya razon, le manifesté á mi compañero, podia disponer de mí á su voluntad.

PARRAFO II.

Conformes pues, en emprender juntos la marcha, esta se efectuó al dia siguiente en dirección á la Siberia, despues de habernos equipado bien, pues segun me dijo mi compañero de viaje, en aquel país se quedaban heladas las palabras.

Como habia dinero, nos aprovechamos de la diligencia y ferro-carril; así que, en pocos dias llegamos sin novedad á

San Petersburgo; y despues de descansar dos dias en esta capital, volvimos á emprender nuestra marcha para llegar el dia señalado al sitio donde estaba la barquita.

Desde esta capital fué mas penosa nuestra marcha, porque mucha parte del camino tuvimos que andar en caballerías, y por último á pié, con un frio que no se podia aguantar, mas al fin llegamos al deseado sitio en el que encontramos dicha barquita.

Doce leguas antes de llegar á este sitio, vimos los últimos habitantes, los que parecian osos, por hallarse cubiertos de pieles de dichos animales, en cuyo punto hicimos provisiones, que por cierto fueron bien frugales, pues no habia mas que carne de caballo y pan compuesto de unas yerbas, que aunque el hambre quita todo mal gusto, con todo, acostumbrados á los panecillos de Madrid, se resistia el estómago á recibirlo.

Gracias al idioma universal de mi compañero, no notaron que fuésemos extranjeros en aquel país; pero sí picó la curiosidad, como tomábamos la direccion hácia un sitio que ellos mismos nunca se habian determinado á ir, pues además de las fábulas que contaban de él, habia el inconveniente de que hacia mucho frio, y se tenia que andar como si fuese de noche.

Así era verdad, pues pasadas unas cinco leguas, solo pude distinguir con mucho trabajo, alguno que otro árbol y antes de llegar al sitio consabido sentí tanto frio, que de buena gana me hubiera entrado en un horno caliente para quitármelo. Este frio, creo lo produjo, el que en aquellos momentos la escarola que habia cenado, iba disminuyendo su sustancia, ó bien que me habia destapado, cosa que sucede cuando uno está durmiendo.

Como por encanto, se fué inflamando el globo, y metidos en nuestra barquita, esta empezó la ascension hasta que llegamos á las nubes, en donde no se distinguia nada.

En este estado pasamos cerca de una hora, despues de la cual, principiamos á ver un poco de claridad, cuyo resplandor se fué aumentando por grados, hasta que divisamos un país tan hermoso, que sentí suma alegría; es decir, se me figuró hermoso en comparacion del que acabamos de pasar.

A esta altura, que á mi modo de ver era bien prolongada, mi compañero por medio de su secreto, le dió la direccion que quiso, y en proporcion fuimos descendiendo.

La vista tan hermosa que presentaba la tierra desde la altura en que nos hallábamos, me fué tan grata, que dió por bien empleado el frio que habia pasado.

Segun observé, el clima era benigno y tan parecido al de Andalucía, que me hallaba deseando de llegar á tierra para disfrutar de aquel país, que tantas cosas habia oido. El cambio de temperatura, me parece lo ocasionó el haberme vuelto á tapar en cama por otro movimiento contrario al que me hizo sentir el frio.

Por fin llegamos á tierra, en donde nos estaba esperando mucha gente, pues como nos habian visto bajar, la curiosidad de ver qué seria aquello que caminaba por los aires, los habia traído á aquel sitio.

En el momento que salí de la barquita, se acercó á mí un hombre, y me preguntó lo que habia visto por los aires, á quien contesté, que no habia visto nada; esto es diciendo la verdad, pues si hubiera querido mentir, tenia campo ancho para ello, sin miedo de que me hubieran cogido en los embustes.

Desde aquí nos dirigimos á una poblacion, que estaba como un tiro de fusil, en donde mi compañero de viaje tenia un amigo, á cuya casa nos encaminamos, y preguntado en ella por dicho amigo nos contestaron los criados, que su señor se hallaba en su gabinete, y que le pasarian recado, para lo cual se sirviese decir á quién se le debia anunciar. Dile, le contestó mi compañero, que quiere verle su amigo Ferrus.

Aun no habian pasado dos minutos, cuando se presentó el Sr. Parret, dueño de la casa, que con los brazos abiertos, y como un desafortado corria hácia nosotros, con el fin de estrechar á su amigo en ellos, pues además que le apreciaba mucho, le habia tenido por muerto.

Verse, abrazarse y dirigirlo hácia su gabinete, todo fué un pronto, sin acordarse de que yo venia en compañía de su amigo; pero le hizo observar este, que le presentaba un habitante terrestre, desde cuyo sitio veniamos juntos, y en donde nos habiamos reunido.

Con esto, y en la persuasion en que estaba de que habia muerto, fué tal la sorpresa que le causó, que le miraba á mi compañero con asombro; pero como tenia bastante sangre fria, se fué tranquilizando, y nos condujo á su gabinete en donde nos hizo sentar, y con voz pausada le habló á mi compañero en estos términos.

Ya tu me conoces que siempre he sido un poco despreocupado; pero á decir verdad, me sobrecogí algo cuando me digiste que venias de otro mundo, y por apéndice en compañía de este caballero que habitaba en él; mas luego he reflexionado que todo esto seria una broma tuya, pues aunque nos dicen que debajo de nosotros hay otros habitantes, como ninguno los ha visto, mas que en la imaginacion, yo no les doy crédito; así que lo que yo me figuro es que habrás estado viajando los tres años que no he tenido el gusto de verte, y que este caballero te habrá acompañado.

Estás en un error, le manifestó mi compañero, que no hay mas habitantes que en este sitio Lunar, pues yo he vivido en compañía de los terrestres los tres años que falto de mi casa, que por cierto han sido bien fatales para mí por los muchos padecimientos que he sufrido, y que en otra ocasion te los referiré por ser largos de contar.

Creo no habrás olvidado hice la ascension hace tres años desde la ciudad de Samis, mi residencia, cuyos habitantes se agolparon todos para verme subir á las nubes, y que desde entonces no volví á este país hasta la presente fecha, que tengo el gusto de verte; pues bien, en aquel entonces, valiéndome de mis conocimientos sobre este particular, le dí rienda suelta hácia el Norte á mi caballito, y sin saber cómo ni cuando, me hallé en los confines del mundo Lunar, y envuelto entre nubes, pasé al mundo terrestre.

Pero amigo mio, lo que ahora deseo saber, ante todas cosas, es el estado de mi familia, pues sabe Dios las mudanzas que habrá habido en mi casa desde mi separacion.

En primer lugar, le contestó el Sr. Parret, debo advertirte, que todos se encuentran vivos y sanos, y que tus intereses no han tenido ningun quebranto, pero en segundo lugar te diré que si tardas un mes más en regresar, quizás hubieras hallado un sustituto marital.

Es el caso, que como nadie daba razon de tu paradero, el amigo Soter se enamoró de tu esposa, por aquello de que siempre agrada lo nuevo; y aunque no le correspondia tú esposa, pues decia que con dificultad ocuparia nadie en su corazon el lugar de su Ferrus; con todo, tanto hizo, que hará dos meses le manifestó tu esposa á su pretendiente, que si le traia la fé de haber sido muerto su querido Ferrus, que entonces accederia á sus deseos.

Yo no sé como él se há valido, pero es lo cierto que le ha presentado una fé ó declaracion en la que se pone de manifiesto que tú habias fenecido en un bosque de la isla Zapata en las garras de un leon, segun informacion del escribano de una poblacion inmediata al punto de la catástrofe, es decir, por lo que veo ahora, el escribano fué mal informado y dió fé de lo que no habia visto.

Ya ves, amigo mio, que cuando se quiere no se repara en pelillos, y con la misma facilidad se dá por muerta á una persona, como se la hace resucitar, porque hay gente para todo en este pícaro mundo: se entiende, con el dinero, motor principal de todas las cosas buenas ó malas; malas, porque con el dinero se pueden cometer mil tropelias y desafueros con el prógimo, y buenas, porque tambien pueden hacerse muchas obras de caridad, si el que está en posesion de este metal no es avariento, y poco amigo de hacer bien á la humanidad.

Te doy las gracias, le dijo mi amigo, por las noticias que me das de mi esposa y familia, y puesto que aún llevo á tiempo de impedir que me sustituyan, hoy tendré el gusto de pasar el dia en tu compañía, y mañana emprenderé la marcha para regresar á mi casa, y frustrar las intenciones de Soter, á quien debo perdonarle, pues como no se sabia mi paradero, pudo muy bien con toda buena fé creer que yo habia fenecido, y de consiguiente ofrecer á mi esposa su mano.

El Sr. Parret nos obsequió mucho en aquel dia, y al otro emprendimos nuestra marcha, segun habia dicho mi compañero; y á las veinticuatro horas, estábamos entrando en la ciudad deseada.

Que durante nuestro viaje no pude cerciorarme del país

que atravesábamos, ni de los usos y costumbres de sus habitantes, lo declara el haber ido en diligencia, y de consiguiente, sobre este particular, guardaré silencio por ser conforme con la velocidad con que se camina en el día de la fecha, quedando para otra época el enterarme bien, pues haré mis marchas, como las hacía cuando estaba en el ejército, cuyo método recomiendo á todos los viajeros que se dedican al estudio de averiguar vidas ajenas para estamparlas en el papel.

Mi compañero, en el momento de saltar de la diligencia, se dirigió á su casa, sin hablar una palabra; es decir, en voz en alto, porque en voz baja, de seguro hablaba mas que un charlatan, cuya conversacion no fué interrumpida hasta que llegamos al portal de su casa, que por cierto se hallaba sin portero, habiéndome hecho recordar esto, que si hubiera estado en Madrid, tenia la colocacion de uno de los ciento cincuenta que me habian recomendado para una porteria.

En este instante, se acordó mi compañero de que no iba solo, y me manifestó le dispensase la distraccion que conmigo habia tenido, dimanada de las muchas disposiciones que se le habian agolpado á su imaginacion para presentarse en su casa.

Nada de todo lo que V. ha hecho me ha estrañado, le réplique; pues que me he penetrado de lo que habrá tenido que sufrir en su interior para ponerse frente á su cara mitad; pero al fin no dudo habrá V. resuelto ya su ataque y defensa.

Efectivamente, me contestó, ya tengo tomadas mis medidas, y por lo tanto, vamos á subir las escaleras, en las cuales quizás encontremos algun criado; y si me conoce, veremos el efecto que produce mi resurreccion.

Aun no habiamos subido dos escalones, cuando se presentó uno de los criados, el que luego que divisó á su amo se quedó como petrificado, sin habla y sin movimiento, tal fué la sorpresa que le causó esta aparicion.

Y bien, le dijo su amo, ¿de qué te pasmas? ¿Acaso de verme en este sitio, cuando me tenias por muerto? No me admira en tí esto, puesto que crees que los muertos resucitan; pero debo advertirte, que los muertos como yo resucitan, pero los que mueren en regla, solo lo harán allá muy tarde, segun está escrito.

Pero dejándote de esas tonterías, ahora lo que conviene es arreglar la manera de presentarme á mi esposa, sin que mi presencia le cause algun síncope, y esto lo dejo á tu cuidado, en cuyo entretanto, nos estaremos en la ante-sala.

Bastante le costó al criado volver de su sorpresa, mas al fin le contestó á su amo que iba á poner por obra lo que le encargaba, aunque no le aseguraba su buen éxito, porque para practicar estas entrevistas era necesario tener el ánimo tranquilo, y él no le tenia.

Por fin desapareció, y nos dejó solos, á mi con algun cuidado, pero no tanto como el de mi compañero que se encontraba en uno de esos estados de duda y esperanza que causa y mortifica bastante el espíritu, por lo que se desea salir pronto del paso.

La respuesta fué presentarse su esposa delante de nosotros, y sin cuidarse de los muertos, echarse en los brazos de su esposo; aunque á decir verdad reia y lloraba á un tiempo, cuyos momentos los pueden descifrar los enamorados, únicos entendidos en la materia. A esta siguieron los hijos suyos, que unos por el brazo y otros por donde pudieron se colgaron de su cuerpo.

Después de los primeros desahogos y de haberse tranquilizado un poco, mi compañero, me presentó á su esposa, la que con la alegría que tenia de haber visto á su esposo, su respuesta fué darme un abrazo, primero que recibí en el país de la Luna.

Para abreviar diré, que toda su familia y amigos se regocijaron de la venida de mi compañero, y que este se hallaba en el mayor de sus goces, los cuales no habia reconocido disfrutaba antes, hasta haber sufrido las consecuencias de su curiosidad.

Lo que yo no aseguraré, si pasado algun tiempo volverá á las andadas, porque el hombre nunca escarmienta, aun cuando él mismo sea el paciente, y no como dice el refran de, «escarmienta en cabeza ajena», porque se le olvida muy pronto lo que ha pasado, cuando está dominado de la pasion de movimiento continuo, cuya enfermedad, en mayor ó menor escala, todos padecemos.

PARRAFO III.

Hallándose ya mi compañero en su estado normal con su familia, me ofreció todo lo que poseía para que lo dispusiese á mi voluntad y sin pedirle vénia, pues desde aquel momento me hacia dueño de su casa y haciendas así como de su persona, para acompañarme á ver las cosas notables que cerraba la poblacion.

Le dí las gracias por sus finos ofrecimientos, y le manifesté que quizás abusaria de su amabilidad, pues desde luego deseaba se tomase el trabajo de acompañarme á ver la poblacion.

La contestacion fué ponerse en marcha, y de consiguiente nos instalamos en la calle, desde cuyo instante principió mi admiracion al verme en una calle bastante prolongada y recta cortada á cordel; es decir, que puesto en un extremo, se veía el otro extremo, teniendo las casas igual elevacion y hechura.

Pero no era solo esto, sino que á un lado y á otro habia soportales, tan iguales como las casas, que formaban una vista agradable, teniendo la ventaja de no mojarse en el invierno y quemarse eu el verano, y segun me dijo mi compañero, toda la ciudad estaba lo mismo que aquella calle, como así era verdad.

Le hice observar á mi amigo que estos soportales quitaban el arte de los paraguas y sombrillas, puesto que se podia andar por toda la ciudad sin mojarse ni achicharrarse por el Sol, lo cual era á la inversa de lo que hacian en Madrid, pues se habian aumentado estos artistas desde que por la manía de mejorar la poblacion, se habia decretado el quitar los soportales de la calle Mayor y el ensanche de la Puerta del Sol.

En este país, me contestó, no necesitamos de ese mueble, que á la par que es engorroso, no se salva del agua mas que la cabeza, y no crea V. que por falta de este arte, no haya donde emplearse los hombres; nada de eso, siempre se discurre el modo de sacar para la puchera, y si puede ser con poco trabajo, mejor, pues somos inclinados á la holganza, por

lo que nunca faltan en las grandes poblaciones, un buen número de vagos y vagas.

Lo primero que le voy á enseñar á V., me dijo mi compañero, será una grande obra del siglo presente, que está llamando la atencion, pues además de la solidez de ella, lo que admira más es los obstáculos que se han tenido que vencer para su realizacion.

Esta obra maravillosa, es pues, la conduccion de todas las aguas de un rio que se halla á unas doce leguas de distancia de esta capital, con las que se riegan los campos que circundan esta poblacion, despues de abastecerse de ellas los habitantes con profusion, por lo que observará V. la suma limpieza de las casas y calles; y por las fértiles campiñas de estas inmediaciones.

Con esta conversacion llegamos al depósito de aguas, y exáminado encontré, que no tenia tanta vista por fuera, como yo me habia figurado; pero quedé pasmado de la solidez que tenia por dentro y la abundancia de sus aguas.

En este depósito estaba inscripto con letras doradas y en piedra de mármol el nombre del arquitecto que habia dirigido la obra, con objeto, dijo mi compañero, de que se supiese quién la habia realizado; y si estaba mal acabada, se le pudiese criticar su poca pericia en el arte, y si bien acabada, se le mirase por todos los siglos como un hombre benemérito de la patria; así que, el sugeto que en este país se determina á emprender una obra que tiene que verla el público, está bien seguro que no ha de quedar mal su reputacion, que es la única recompensa que solicita, despues de pagarle su trabajo el Gobierno con una pension en proporcion de su mérito artístico, por los desvelos y servicios prestados á la nacion con su obra.

A fuer de curioso, le pregunté al Sr. Ferrus, si el arquitecto de dicha obra se hallaba rico, porque habiendo manejado tantos caudales, pudiera muy bien tentarle la codicia y poner en la cuenta, al tenor del Gran Capitan, entre picos, palas y azadones, tantos millones.

A lo que me contestó, que dicho arquitecto, á quien conocia bien, no solo no estaba rico, sino que por su mucha economía lo pasaba regularmente atendido al premio que el

gobierno le tenia asignado, y á lo que podia ganar en las obras que le encargaban; pero su gran riqueza está, en que en todas partes le miran con la mayor consideracion, y esto es lo que él aprecia más que todos los caudales del mundo, pues quiere mejor que digan las gentes, es probo, honrado é inteligente, que no que digan, es rico, pero...

Pues amigo mio, le dije: en el país terrestre no andan con esos escrúpulos, pues no se contentan con solo la fama sino que hacen por retirar alguna cantidad para sus necesidades.

En esto llegó la hora de comer, y emprendimos nuestra marcha hácia donde estaría ya la mesa puesta, atravesando para ello muchas calles; y como yo iba distraido pensando en la obra del canal, con la mayor candidez le dije á mi amigo Ferrus, ¿sabe V. que en este país hay muy buenas caras, y que me gustan mas las lunáticas que los lunáticos? Ya lo creo, me contestó, y mas le gustarán las jóvenes que las viejas, pues es condicion humana el querer mas lo nuevo que lo viejo; por eso, aunque un gobierno de una nacion sea escelente, como sea viejo, ya no le quieren los hombres, y de aquí ese continuo quitar y poner gobiernos.

Comimos con apetito los buenos manjares que la esposa de mi amigo tenia preparados, y despues de bien repletos, cada uno se retiró á descansar un par de horas. (Aquí debe tenerse en cuenta que la escarola, que fué mi cena en Madrid, debia ser de mucha sustancia, pues me consideraba muy satisfecho).

Concluidas estas dos horas, se me presentó el amigo Ferrus, y me dijo íbamos á casa de un sábio, á quien apreciaba, con el objeto de que yo le conociese, y en cuya compañía pasaríamos un buen rato.

Dicho y hecho, en breve tiempo nos hallamos en la presencia de este sábio, que representaba unos sesenta años, de buena fisionomía y agradable trato, quien se me ofreció con mucha finura; y despues de los primeros cumplimientos, mi compañero le refirió todo lo que le habia pasado en su viaje al país terrestre; mas mi buen sábio no quiso darle asenso, porque decia que solo en una imaginacion visionaria podia caber semejante disparate; siendo causa de este error el autor

de una obra, que dijo tenia en su poder, antiquísima, en la que manifiesta que los hijos de Adan, nuestro primer Padre, cuando se multiplicaron, se fueron estendiendo por el mundo terrestre, y al llegar á sus confines, dicen que por aquella parte al concluir su carrera ánuva la tierra, se une con la Luna, en cuya época algunos de estos hijos de Adan, pasaron sin saberlo ellos á la tierra de la Luna.

En este instante corrió por mi imaginacion la idea de que si era cierto lo que el espresado autor decia, debia de haber sucedido dicha emigracion antes que hubiesen pensado en la fabricación de la torre de Babel, porque desde entonces viene la diversidad de lenguas, y en el sitio Lunar no habia mas que una con la que se entendian todos aquellos habitantes.

Mi amigo no le quiso contradecir, y suscitándose luego la conversacion sobre los errores que habia en el mundo, nuestro sábio dijo, que estos errores debian cortarse de raiz, á cuyo efecto estaba escribiendo el último tomo de los veinte y cuatro de que constaba la obra.

Trabajo le doy, dige para mi capote, si piensa este sábio quitar los errores del mundo con sus obras; pues cuando el Padre Feijóo, no los pudo quitar con su teatro crítico, nada bueno puede resultar de lo que otro escriba sobre este particular, porque en todos los siglos se renuevan estos errores, aunque con diferentes nombres; y con estas reflexiones llegamos á nuestra casa, y cenado que hubimos, nos retiramos á buscar á Morfeo.

Otro dia me convidó mi amigo Ferrus á que viese la Bolsa, ó sea venta de efectos públicos, y yo le acompañé gustoso para ver si era mejor ó peor que la Bolsa de Madrid.

El edificio era bastante capaz, pero por lo que pude observar, los que acudian á este establecimiento, llevaban los mismos fines que los que concurrían á la Bolsa de Madrid, es decir, que todo su conato era ver cómo se podían engañar unos á otros. Un ejemplo bastará para convencerse de la índole de esta reunion.

Cuando íbamos para dicha Bolsa, se acercó un sugeto á nosotros que parecia ser amigo del Sr. Ferrus, y uno de los capitalistas de aquella plaza, quien nos acompañó hasta el espresado establecimiento.

En el acto que entramos en él, salió al encuentro otro capitalista, los que se dieron las manos con una cordialidad, que cualquiera hubiera creído eran los mejores amigos del mundo, pero que no era todo aquello mas que ficcion, pues esta cordialidad se reducía, á quién mejor podia hacer su negocio.

El entrante preguntó al otro que en que estado se hallaban los fondos públicos, si en baja ó en alza, y este le manifestó que estaban en alza. Entonces el entretante le propuso una venta de estos efectos, y concertado el precio quedó cerrado el trato.

Los dos quedaron contentos del negocio; el uno porque habia vendido caro, y el otro porque habia comprado barato. En esto se fué acercando el entrante al centro de los negocios, y allí vió que la venta la habia hecho con la diferencia de medio por ciento mas barato de lo que se cotizaba, y toda su alegría anterior, se convirtió en enfado contra quien le habia engañado, sin que valiesen las razones que daba el comprador, de que los fondos habian subido despues que él habia efectuado la compra, por lo que estaba tranquilo respecto á esta operacion, pues lo mismo que subieron pudieron bajar y no tendria otro rémedio que sufrir esta consecuencia.

Continuamos nuestra visita, é insensiblemente nos hallamos envueltos entre todos los bolsistas, en donde recibiamos sendos empujones, que algunas veces nos veiamos precisados á dar con nuestras narices en las del otro sugeto que estaba al frente, ó con un cigarro que tenia en la boca.

Estos empujones los producian unos hombres que se decian ó titulaban corredores, que iban en busca de comitentes que quisiesen comprar ó vender efectos públicos, los que porque no se escapase el negocio, no reparaban en los obstáculos que tenian delante y arremetian con ímpetu.

Yo le manifesté á mi amigo deseos de salir de este tormento, pues entre las voces, el humo del cigarro y los empujones que habia recibido, tenia la cabeza trastornada; y

habiendo accedido á mis deseos mi amigo, nos deslizamos segun pudimos de este tropel, saliendo á otro sitio donde no habia tanta reunion.

Aquí tomamos un poco de descanso sobre un asiento de madera; y cuando aún no me habia acabado de colocar en él, vino uno de los corredores citados, y poniendo la boca en un oido á un sugeto que tenia á mi costado, le dijo lo siguiente: amigo mio, ya está V. servido como deseaba, por lo que le doy á V. la enhorabuena, pues le he vendido los tantos títulos á tanto.

Este mismo corredor, hacia dos minutos, estando nosotros en el corro ó tropel que acabo de referir, le manifestaba á otro sugeto al oido que quedaba servido completamente por haber comprado tantos títulos á tal precio; y como era igual la suma y precio que el comunicado al que tenia á mi intermediacion, inferí de esto serian los que este habia vendido, lo que á ser cierto, me parecia algo imposible el que este corredor hubiese dado gusto al comprador y vendedor á un mismo tiempo, aunque segun la conformidad que veia en ellos así lo daban á entender por aquel entonces; con todo yo lo diferí hasta tanto llegase el tiempo de, «al freir será el reir.»

De todo esto deducí, que el hombre, cuando se trata de intereses, pospone á estos interes la amistad y toda consideracion Divina y humana.

Haciendo estas reflexiones salimos de aquel edificio, donde se acaloran los hombres hasta perder toda su tranquilidad, y nos fuimos á dar un paseo por el campo hasta la hora de comer.

Con la amabilidad que le era propia á mi amigo Ferrus, me fué enseñando todo lo curioso que habia en esta ciudad, que como capital de la Monarquía, Nasan, tenia bastante que admirar, cuyos pormenores los callo, porque quizás venga en algun globo á este país algun viajero, que con mas habilidad que yo los manifieste.

Entretanto, en uno de los ratos que teniamos de conversacion, le llamé la atencion á mi amigo sobre lo mucho que en este siglo se habia escrito en el país terrestre, cuya manía de escribir se me habia pegado tambien á mi, en términos

que me resolví á escribir dos obritas para los jóvenes que se dedicasen á la carrera del Comercio, que por no poderlas vender en España, cuando emprendí mi viaje á París, tomé dos ejemplares con el objeto de ver si los franceses me entendian mejor que los españoles, cuyo proyecto no pude realizar á causa de nuestro viaje á este país lunático.

A varias razones achaco la poca salida de mis citadas obritas. La primera y principal, ó que no valen nada, ó que no me entienden, como le sucedió á Cervantes en su siglo con sus obras, pues no le dieron mérito alguno, sino despues de tres siglos; y esto mismo sucedió á los grandes artistas, cuyos cuadros de pinturas cuando fueron hechos, quizás le valdrian al autor cuatro ó cinco pesetas; y en el dia valen miles de reales.

En ninguna manera puedo yo compararme con Cervantes y otros esclarecidos escritores de su tiempo; pero esto no obsta para que yo diga que solo un círculo pequeño comprendió, ó mejor dicho, hizo que comprendia lo que este sábio escribió; no porque hubiese ignorancia, sino porque atacaba á una manía que se hallaba en todo su vigor en aquel siglo, y porque al mismo tiempo no se habian desarrollado en los demás hombres las ideas que él concibiera, de la misma manera que le sucedió al Rey sábio español, que su sabiduría le fué perjudicial; pues como en aquel siglo lo que estaba en boga era machacar cabezas morunas, su hijo que era uno de estos, fué el que el pueblo eligió para Rey, y al Padre, toda su sabiduría solo le produjo pesadumbres sin cuento.

Así nuestro Cervantes, y otros esclarecidos escritores que se descalabazaron por dar fomento á la representacion cómica, ó sea teatro, á cuyo efecto escribieron escelentes obras, solo pudieron conseguir que á una docena de sugetos les gustasen estas producciones, porque en aquel tiempo habia otra manía, con la que se entretenian los hombres; así que los cómicos estaban á la cuarta pregunta.

En el presente siglo estan de enhorabuena, tocándole tambien este beneficio á los dueños de los cafés, pues que si queremos obsequiar á algun amigo, no encontramos otra cosa mas favorable para su distraccion, que las funciones tea-

trales, y dos ó tres horas de reunion en los cafés, cosa indispensable si queremos quedar en algun tanto airosos.

No es mi ánimo querer quitar el gusto que tienen en el dia al teatro y cafés los hombres, pues este decaerá en el siglo siguiente si se plantea otra diversion nueva, sino poner de manifiesto, que los escritores antiguos de comedias no sacaron el fruto de sus desvelos, porque en su siglo no estaban de humor de disfrutar de esta clase de diversiones.

La segunda razon es, que como yo no me amoldo á la práctica establecida, de que entre libreros y maestros se llevan el beneficio que debia resultar para el autor, estos no quieren entrar en negociaciones conmigo.

La tercera, que los maestros acostumbrados á un método, no se avienen fácilmente á otro nuevo, aunque sea mejor que el viejo.

Y últimamente, á que no tengo suerte en ningun negocio mundano á que me dedico; pues sin este requisito, ya puede el hombre devanarse los sesos, seguro que no cojerá mas que la completa evidencia de andar siempre á tres menos cuartillo.

Está bien lo que me dice V., me contestó mi amigo; pero puesto que tiene en su poder los dos citados ejemplares, soy de opinion que los imprima en esta ciudad, pues quizás le comprendan mejor los lunáticos que los terrestres, y si nó poco es lo que se vá á perder.

Con este aliciente de mi amigo, puse mano á la obra y tiré una edicion de pocos volúmenes, porque tenia miedo tuviesen igual resultado que los impresos en el país terrestre, pero me llevé chasco, porque en un santi-amen me los arrebataron todos; de suerte que tuve que tirar otras y otras ediciones, con lo que me convencí que yo habia escrito para los habitantes lunáticos, y por lo mismo mal me podian comprender los terrestres.

Una tarde, cuando nos retirábamos de nuestro paseo me dijo mi amigo, que aquella noche la íbamos á emplear en un baile que daba en su casa un amigo suyo, á lo que le contesté me gustaba la idea, pues de este modo me enteraria de la

danza que usaban los lunáticos en sus casas, porque las que habia visto en la plaza se daban mucho aire á las que usa en Andalucía la gente del pueblo.

Llegada la hora señalada para el baile, nos encaminamos á la casa en donde mi amigo me habia dicho se disfrutaba de esta diversion; y en el momento que nos vieron los dueños de la casa salieron á recibirnos, y nos hicieron los ofrecimientos acostumbrados en estos actos. En su consecuencia tomamos posesion de una silla cada uno, para ver cómo aquellos lunáticos y lunáticas manejaban los piés y cuerpo.

Al principio creí que el baile de estos señoritos seria como el que en el dia se estila en España, traído de París; pero me equivoqué, porque era una especie de contradanza tan animada y tan decentes sus posturas, que me daban tentaciones de salir á dar unas cuantas vueltas.

Con todo, me contuve, por haberse ocupado mi imaginacion con las reflexiones de confrontar los bailes de los lunáticos y los de los terrestres; aquellos los encontraba hermosos y animados, y estos feos é inanimados; así que, le dije á mi amigo, que si él habia notado esto mismo y me contestó que así era cierto, pues que el baile terrestre era obsceno y sin animacion.

Y sinó, prosiguió, compárese una pareja que baila una danza á lo parisién, con otra á lo lunático, y observará usted en la primera, que por la union de los dos cuerpos no les deja hacer sino un movimiento tardío; y que uniendo las caras de hombre y mujer, además de recibir recíprocamente los buenos ó malos alientos, presentan un cuadro poco conforme con el pudor que deben tener los jóvenes.

Por el contrario, el baile de los lunáticos, como se hallan separados hombre y mujer, manejan con soltura sus piernas y presentan un cuadro, que á primera vista, resalta en él el pudor y honestidad hermanado con la alegria que reina en sus semblantes inocentes.

A la hora acostumbrada, nos retiramos á nuestra casa para descansar de las fatigas de aquel dia, y ver en qué debia emplearse el siguiente.

En uno de los paseos que soliamos dar en la Florida ó sea en el Prado, como le llaman en Madrid, observé en las conversaciones que en general tenian, que no se cuidaban como en el país terrestre, del tanto por ciento que se gana en tal ó cual negocio, sino cómo pasarian aquel día y los sucesivos, alegres con lo que á cada uno le deparase su suerte, sin ambicionar mas que lo que puramente necesitaban para dar sustento y cubrir con ropa decente y sin lujo sus cuerpos.

En este dia nos acompañó al paseo la hija mayor de mi amigo Ferrus, de unos 15 años de edad, tan cándida como hermosa, á quien la llevaba yo del brazo; y como su señor padre se reunió en el camino con un amigo suyo, aprovechó la niña la ocasion de contarme el sueño que habia tenido la noche anterior, tan inocente y bello, como su alma angelical, que se hallaba limpia y refulgente como el sol.

Me fué tan grato el espresado sueño, que hasta la tenia envidia, porque yo no podia disfrutar de tan gran felicidad, pues no me hallaba tan limpio como ella en mi conciencia.

¡Dichosas las personas que pueden desechar fácilmente las pasiones malas de su alma, y dejarla libre para disfrutar de las bellas ideas de esta niña, porque á estas, la vida transitoria les será poco molesta, pasando tranquilamente del sueño á la realidad!

En fin, como mi conato sea ver cómo ser útil al prójimo por todos los medios que pueda, voy á trasladarlo á este papel, tal como me lo refirió la niña, por si á alguno de mis hermanos puede serle provechoso su contenido.

Me dijo pues: como V. es un buen amigo de mi señor padre, no tengo reparo en contarle el sueño que hé tenido esta noche pasada, pues creo, que así como yo gozo al recordar los pasajes en él ocurridos, así disfrutará V. al oírlos de mi boca.

Es el caso, que de primeras á segundas, me hallé en un campo muy ameno de frutas y flores de todas las clases, que con sus mil colores, presentaba la perspectiva mas hermosa que haya visto en mi vida.

A mi frente se hallaba un gran palacio con molduras tan bonitas y balcones dorados, que deslumbraban mis ojos.

En todos estos balcones, así como por el campo, se veian

un sinnúmero de ángeles vestidos de túnica tan blanca como la nieve, cordones á la cintura y sandalias en los piés, que se entretenían en mil diversiones inocentes.

En dicho palacio habia una gran puerta arqueada, y en la direccion de esta puerta encaminé mis pasos.

Luego que puse los piés en el humbral, me salieron á recibir una porcion de ángeles, los que me saludaban con la palabra de «bienvenida seas, compañera nuestra.»

Yo les dí mil gracias y continué mi marcha hasta la salida al otro lado de dicho palacio, en donde esperí un placer muy grande por la vista de otro campo infinitamente mucho mayor que el primero, pues mirado en todas direcciones no tenia fin.

Aquí todo era admirable y sorprendente: la yerba que pisaba, era seda finísima de diferentes colores, con un resplandor tan grande en todo el ambiente, que yo no sabia lo que me pasaba; tal era el regocijo que reinaba en mi corazón.

Luego que hube dado unos cuantos pasos, se me presentaron cuatro jóvenes que parecían de la misma edad que yo, infinitamente hermosas, con túnicas color carmesí, con cinturones azules, y sandalias en los piés, con cordones de color de rosa, y tomándome dos las manos, me dirijieron á donde se hallaba una señora hermosísima, que vestía una túnica blanca, cuya blancura no tiene comparacion, ciñendo un cordon de oro finísimo, y los de las sandalias, de plata pura, quien ostentaba en la cabeza una corona llena de brillantes.

Llegado á su presencia, me recibió cariñosamente, y fué tal la sorpresa agradable que me causó su vista, que tuve que bajar la mia, pues me deslumbraba aquella cara virginal y respetuosa.

Seguidamente me tomó la mano y me manifestó que me iba á presentar á Dios Nuestro Señor, con el fin de que viese el sitio reservado para las almas que obran en la tierra segun sus mandatos.

Efectivamente, nos pusimos en camino, y muy pronto divisé en medio de esta gran llanura un montecillo, el cual estaba lleno de bienaventurados, y en el centro un trono en

donde aparecía el Señor de los Señores, con un resplandor, que yo no pude ver ni el vestido que tenía, ni tampoco á los que rodeaban al Señor.

En este acto oí una voz dulce y agradable que me dijo estas palabras: «Este sitio está reservado, hija mia, para todos aquellos que ejerzan en la tierra las obras de la caridad con su prógimo.»

En este momento, quizás por el exceso de la alegría, que rebosaba en mi corazón, cuya alegría no tiene explicación, desperté del sueño con mucho sentimiento mio; pues hubies-
ra querido que nunca se acabase.

Está claro que me llevaria mi amigo á todas las diversiones en que se entretenían los habitantes de la Luna, en las cuales no hallando diferencia de las que se ocupan los habitantes terrestres, no paso á referirlas por no molestar al lector; si se exceptua únicamente el que desconocían la función de toros, por la que decían los lunáticos, que ellos no querían diversiones con semejantes vichos, que en lugar de razones, daban cornadas.

También carecían del vicio de fumar, el cual, como en mí está bastante arraigado, no dejaba de sentir no poder echar al aire un poco de humo; por lo que estaba ideando cómo suplir este vicio con otra cosa equivalente, lo que hasta el presente no he encontrado.

Cuando llegué á esta ciudad traía, sin yo acordarme, una docena de cigarros de dos cuartos y medio, que la estanquera de Madrid me los había escogido la misma noche de mi viaje á Paris, cuyo hallazgo me llenó de alegría, y en su consecuencia encendí un fósforo para comunicar su llama á uno de los espresados cigarros; pero estaba tan podrido que no quiso arder, y eso que no escaseé fósforos para lograr mi intento. Dejé aquel y tomé otro, y así sucesivamente todos, y ninguno me dió resultado favorable, en términos que gasté toda la caja de fósforos sin conseguir mi propósito.

Visto esto, y que mis deseos de fumar iban en aumento, tomé el partido de encender una luz, y puesto el cigarro en ella y chupando yo á todo chupar, esperaba siquiera sacar

algun humo; mas fué en valde todo mi trabajo, por lo cual aburrido y desesperado, tomé la determinacion de echarlos en el fuego, y tan buenos eran los pobrecitos, que ni aun con este auxilio quisieron arder, conservándose mas negros que la pez.

Habian ya trascurrido unos seis meses desde mi llegada á esta capital, en cuyo tiempo, habia visto todo lo notable de ella; así que tanto por esto, como por que anhelaba ver pronto el país de las Delicias, le manifesté á mi amigo Ferrus, que esperaba me diese su permiso para emprender esta caminata.

Ni sus ruegos ni sus instancias para que me quedase un poco de mas tiempo en su compañía, fueron suficientes para desistir de mi empeño, y de consiguiente tuvo que acceder á mi pretension, por cuya razon me habló en estos términos:

«Puesto que ya no me queda otro remedio mas que conformarme con la voluntad de V., preciso es que tratemos el modo de arreglar su viaje, y quizás nuestra separacion para siempre.

«Como tiene V. que atravesar miles de poblaciones antes de llegar al país de las Delicias, que puede graduar por la posicion que ahora ocupa, que es lo mismo que si se hallara usted en San Petersburgo, y tuviese que ir á Pequín por tierra en el país terrestre, es indispensable vaya V. provisto de dinero y conocimientos.

A este objeto, le daré á V. cartas de crédito y recomendacion hasta el último país antes de llegar á las Delicias, pues hasta este punto tengo relaciones.

Tambien le explicaré á V. el secreto para andar por los aires, por si volviese al país terrestre, pues no será extraño que así suceda.

Ahora lo único que no puedo proporcionarle á V. es la entrada en el país de las Delicias, pues como esta puerta se halla cerrada para los que viven en el país lunático, y solo se abre para los que emigran del de las Delicias, y á mí no se me esplicó cuando me dijeron que vendria conmigo un habitante terrestre, el modo de introducirle en el país de las De-

licias, no sé cómo se ha de gobernar V. para lograr sus deseos.

No obstante, lo que me parece padrá V. hacer es, que cuando llegue al sitio denominado país Soltante á la inmediacion de unas montañas llamadas Pasajeras, espera V. á ver si allá.....

Allá....., repitió una voz dulce y angelical, estaré yo para dirigirle al fin de sus deseos.

Ya lo ha oido V., me dijo mi amigo, que la mayor dificultad está vencida, y por consiguiente nada me queda que hacer, sino sentir su separacion de mi compañía.»

Le dí las gracias por tantos favores como me dispensaba, y en seguida principiamos las visitas de despedida, entre las cuales, la que me agradó en extremo, fué la de un venerable anciano, hermoso de cara y mas hermoso de corazon, pues despues de los cumplimientos ordinarios, dió principio al siguiente y nunca bien ponderado razonamiento.

Mi amigo el Sr. Ferrus me ha manifestado, que en breve dejareis esta ciudad para trasladaros al país de las Delicias, en donde no hay penas ni dolores, país privilegiado, pero que ni aun con estas ventajas están los hombres contentos, puesto que emigran de él continuamente á nuestro país aquellos habitantes. Estos, despues de saciar su curiosidad, viendo cuán amargos son sus frutos, quisieran volver á su país natal, mas les está vedada la entrada en castigo de su inconstancia.

Desde el momento que os ví, me gustó vuestra presencia, y en vista de esta simpatía hácia vos, os daré un buen consejo, para que si en el largo camino que vais á emprender os veis atacado por las pasiones mundanas, acudais á Dios Nuestro Señor.

Porque, ¿quién mejor que nuestro Padre y Criador podrá aliviar los pesares de nuestra alma? ¿De qué le sirven al hambre los goces del cuerpo si su espíritu se halla atormentado? ¿Le darán los consejos de un amigo la fortaleza y vigor que necesita para contrarrestar las pasiones mundanas que se hayan apoderado de él? No: nunca pueden hacer el

efecto, como cuando la criatura se dirige al Ser Supremo.

El alma del hombre es hija del Padre Eterno, como lo manifiesta en el momento que tiene uso de razón, pues lo primero que hace es darle culto.

Esto mismo lo pone patente en el instante que se separa esta alma de la materia cuerpo, porque la vista la eleva hacia su origen.

En estos dos actos el hombre guarda el mismo equilibrio que la grande obra que el Ser Supremo nos presenta á nuestra vista.

Para guardar este equilibrio nos ha destinado á este mundo, dotándonos con el libre albedrío, de cuya gracia debemos disfrutar con moderacion, en union de todas las cosas que nos presenta la tierra.

De no guardar este equilibrio, se nos originan los males que deploramos; por que gustándonos un majar, si comemos de él desordenadamente, nos hace daño acarreándonos á veces la muerte.

Lo mismo sucede con las creencias. Si nos desviamos del centro, ó bien vamos al extremo de no creer nada, ó bien creemos las cosas mas absurdas; siendo su resultado, en el primer caso, caminar al ateismo, y en el segundo á la supersticion.

Todo esto se evita guardando dicho equilibrio en todas las cosas, desde cuyo centro, además de disfrutar de los gozes mundanos, aunque pasajeros, se halla libre nuestro entendimiento para comunicarnos con Nuestro Padre Eterno, y gozar de las delicias sin término, que á manos llenas él nos prodiga.

Y sino, dónde encuentra el hombre mayor placer, sino cuando fijando su vista en una imagen de Nuestro Señor, le dice: Padre nuestro: nuestro bien y consuelo, no sé como daros gracias por los beneficios que de Vos recibo todos los dias, y los que espero recibir de Vuestra grande bondad? En este instante el Ser Supremo se digna derramar en el interior del hombre un bálsamo consolador, que hiriéndole el corazon, le hace brotar una lágrima de gozo y alegría.

Si hijo mio: continuó, este goce y alegría es permanente y eterno, como derivado de Nuestro Dios, por su comunica-

cion espiritual con nosotros. No así sucede con la alegría y gozo de la vida corporal, pues siendo esta vida pasajera, los goces que disfrute en la tierra, como compuestos de esta materia, serán también pasajeros, que algunos los califican de ilusorios.

Estos goces podrán en un tanto no ser ilusorios, si conservando el equilibrio de sus pasiones, como dejo apuntado, se coloca en terreno de poder gozar de la alegría corporal y de la espiritual, que todo puede ser, si de su parte pone los medios y con fé le pide á su Eterno Padre le auxilie á contrarrestar las pasiones malas que quieran ofuscar su entendimiento; porque es preciso conocer que el goce espiritual es un goce indefinido, que por sí solo embriaga nuestros sentidos, dándole agradables sensaciones, sin mezcla de dolor alguno y como si este espíritu no estuviese unido al cuerpo del hombre.

Por el contrario, los goces corporales, si no están unidos al goce espiritual, de nada le sirven, pues para un goce que tenga, tendrá que sufrir mil tormentos y desazones, que le ocasionarán sus pasiones y sino son las suyas, serán las de los demás hombres; por ser claro y evidente que todos nuestros pesares nos los proporcionamos nosotros mismos, ya sea por querer lo que otro posee, como porque queramos salir siempre con nuestro gusto, aunque para ello mortifiquemos á los demás.

Un ejemplo te bastará para comprender la verdad de estas mis reflexiones, y este lo será de dos ricos en dinero ó llámese fortuna mundana.

El uno de ellos, su ambicion está circunscrita á conservar lo que haya heredado de sus mayores, ó bien lo que con su trabajo y por buenas vias haya adquirido, y por esta razon el esceso que resulta de la renta de su capital, despues de rebajados los gastos de su casa, que sean de pura necesidad para vivir con comodidad y no con ostentacion, los emplea en varios objetos para bien de su prógimo, ya dotando á esta doncella buena y virtuosa para que tome estado: ya dando la mano á este jóven laborioso para que prospere por medio de su trabajo: ya pagando los servicios que un sirviente suyo le haya prestado; y por último empleando el

tiempo que tenga desocupado en otras obras de caridad.

Este goza corporalmenté por las buenas obras que hace á sus semejantes y espiritualmente, porque Dios le dá la sancion á estas obras con su bendicion.

Con esta tranquilidad de ánimo, espera el fin de sus dias, y cuando este llega, como su conciencia nada le remuerde, exhala su alma con religiosa calma, rodeado quizás de todas aquellas personas á quienes ha hecho bien en este mundo, que sienten su muerte de todo corazón.

Por el contrario, el otro rico, todo su afan es aumentar su capital sin reparar en los medios que para ello se le presenten. En este sujeto no hay que esperar compasion de la miseria de su prójimo: todo se le hace poco; y aunque para el lujo y demás vicios se desprenda de alguna cantidad, en lugar de servirle de recreo, mas bien es un tormento para él.

Pero démosle el caso que vea acrecentarse su capital y que por está razon se goce en su fortuna: este goce será bien pasajero; pues además de la zozobra que tendrá de si le robarán ó si perderá en tal ó cual negocio, cuando le acontece cualquiera de estos accidentes, su dolor es tan intenso, que le anonada y aniquila y si le faltan las creencias religiosas, llega á la desaparicion y se desgracia miserablemente.

Pero aún hay más: le haremos dichoso en todas sus operaciones, sin que haya sufrido contratiempo alguno: ¿de qué puede vanagloriarse, mas que de haber sido esclavo de su dinero y de no haber sido útil á su prójimo, sino acaso perjudicial por su descmedida codicia?

De esta suerte pasa su vida miserablemente, y cuando llega su postrimera hora, se acuerda que todo su afan de acrecentar caudales, solo ha servido para que sus herederos lo inviertan en vicios, como derivados del vicio de su avaricia, sin que su muerte sirva de otra cosa mas que de consuelo á sus herederos que la estaban deseando.

En este momento puede querer hacer las buenas obras que debia haber hecho en sana salud; pero esto nunca le dará aquella alegria y gozo que hubiera experimentado antes de este último trance, ni podrá tener la conciencia tan tranquila respecto al Ser Supremo, á quien ha de entregar su alma, como si hubiera obrado en el sentido del primer rico.

Daremos ensanche á este razonamiento con otro ejemplo respecto á las creencias religiosas, y este lo será de dos sujetos, que el uno conserve el equilibrio que tengo manifestado, el que sin dificultad tiene su razon clara; y el otro que su imaginacion le haya llevado al estremo de la incredulidad, cuya razon estará, á no dudarlo, ofuscada y llena de nubes.

El primero, forma su filosofía racional, con la que á la par que admira la grande obra de la naturaleza dirigida por Dios, esta le proporeiona un goce perenne, y le deja campo ancho para reconocer al Autor de esta grande obra.

Como está en la persuasion de que puede hallar descanso y bienaventuranza en la otra vida, las vicisitudes de este mundo, que le son contrarias, las desprecia, de lo que se origina que su espíritu no padece por estos contratiempos, y cuando le son favorables, lo disfruta en grado superlativo.

Por el contrario, el otro nada espera mas que del acaso y de la suerte, y estrivado solo en esto, le son adversas todas ó algunas de sus empresas, y de consiguiente padece horriblemente, sin que nadie pueda aliviar sus penas, teniendo al fin un término desastroso. No imites nunca á estos desgraciados, porque en esta vida nada disfrutan, y en la otra, solo Dios sabe lo que les espera; á los cuales diré, lo que un sábio en otro tiempo escribió en estos términos.

«Al hombre que desafía al Ser Supremo, creyéndose absoluto, como lo hizo el ángel predilecto rebelándose contra su Señor y Padre, porque su grande bondad le haya dado un poco de su sabiduria, preciso es que se le prevenga camina bajo un supuesto falso, si está persuadido de que puede el hombre subsistir sin el auxilio Divino.

El hombre es hecho de la nada, y si vale algo, es porque el Ser Supremo le suministra un soplo de su espíritu, y con él la sabiduria que le parece conveniente para que le reconozca como á su Padre y pueda disfrutar de su gloria.»

Y no se diga que la naturaleza es la que obra este milagro, pues la razon declara, que ésta, por sí sola, sin agente ó causa primera, no puede producir todo cuanto vemos y lo que nuestra vista no alcanza.

El orgullo y la soberbia, es el fundamento para que el

hombre se desvie y se pierda miserablemente, pues estas dos pasiones insensiblemente le hacen caminar al precipicio; así es que, creyéndose que por sí solo puede subsistir, quiere dominar á quien le ha dado el ser; ¿mas esta ilusion, qué dura? Nada, porque bien pronto experimenta las consecuencias de su arrogancia, pues al fin no encuentra apoyo; ni en su sabiduría, por la que él queria hacerse absoluto, ni en la naturaleza á la que creia pertenecer, sino en su Padre y Criador.

Esto les ha sucedido á varios hombres, que dominados de las dos pasiones citadas, hasta el extremo de querer transmitir sus ideas á los demás para que siguiesen su ejemplo, luego que estas pasiones se fueron mitigando y su entendimiento se presentó claro; reconocen, que no solo no valian algo, si no que no eran mas que miséria y podredumbre; y que todo su valor intrínscico lo representaba el soplo de vida de su Criador, á quien acudian para que aliviase los tormentos que sufría su alma.

A los que aún continuen en este error, encamino estas líneas, con el fin de que no se envanezcan porque su imaginacion algo favorecida haya alcanzado un poco mas que la de los otros hombres; porque traslimitando esta la órbita graduada por la razon sana, de seguro llegarán á ser los mas infelices mortales.

No quiero molestarte mas, me dijo, sino desearte un buen viaje, y que me reconozcas por un amigo tuyo, para mandarme lo que gustes.»

Le dí las gracias y un abrazo, por los saludables consejos que me daba, y nos despedimos de tan venerable amigo, del que conservo agradables recuerdos.

Al otro dia emprendí mi marcha, despues de abrazarnos y estrecharnos los dos amigos, cuya separacion nos costó bastante pena á entrambos, pues con dificultad se encuentran dos almas iguales, que discurriesen, pensasen y se quisiesen, como nosotros. Así mismo me despedí de su esposa y sus hijos, quienes me desearon buen viaje y mejor salud.

PARRAFO IV.

Quise como me habia propuesto en un principio hacer mi viaje con detencion, para enterarme de los usos y costumbres de los habitantes que habia en el camino; pero tanto por lo que pude observar de que se llevaban muy poco los habitantes lunáticos de los terrestres, como que todo mi anhelo era llegar pronto al país de las Delicias, desistí de mi empeño y me empaqueté en la diligencia para llegar en cinco dias á la capital de otra nacion llamada Picandria.

El aspecto de esta ciudad no era muy malo, si bien se notaba algo descuidada la policia, se entiende, de limpieza, porque la otra llamada de vigilancia, no se descuidaba en su oficio, llevando á la prision á cuantos no seguian las inspiraciones de los gobernantes. Esto me lo dijeron sin que yo pueda justificarlo.

Para un habitante de esta capital llevaba recomendacion; y despues de descansar un poco en la fonda, fuí á entregar dicha recomendacion; cuyo sugeto me recibió bien, y hasta me convidó á comer con él un dia que yo eligiese.

Este dia llegó, y despues de los postres (no he visto ni comido escarola que mas sustancia tuviese, que la de mi cena en Madrid, pues me parecia que comia, cenaba y almorzaba infinidad de veces) entablamos la conversacion siguiente:

Amigo mio, me dijo: ha llegado V. á tiempo de nuestra regeneracion politica. Entienda V., nos estamos regenerando, porque tenemos unos hombres en el dia que se han propuesto, y lo conseguirán, que es desterrar de entre nosotros aquel despotismo que nos hacia esclavos y serviles.

Es verdad que hasta ahora son pocos los que han comprendido este sistema de gobierno, pero por el método que se han propuesto los que tienen sus riendas, en tres años estamos todos de un mismo sentir, y quitado para siempre aquellas costumbres rancias que nos envilecian.

Me alegro mucho de lo que V. me dice, le contesté; pero debo advertirle que están Vds. muy atrasados en proporcion del país terrestre, pues allí esto lo comprenden á las

mil maravillas; escepto yo, que por ser un zote, aun no he podido comprender cuanto allí se representa.

Como conocí que estaba fanático por su regeneracion política, me pareció lo mas prudente suspender esta clase de conversaciones, por estar muy convencido, de que cuando el hombre se halla poseido de fanatismo, dimáne este de la clase que se quiera, se embota su razon en tales términos, que no conoce ni amistad, ni su bienestar.

En su consecuencia para cortar de raiz este gérmen de discordia, me retiré á mi casa, formulando para ello una excusa; cuyo método aconsejo á todos los presentes y futuros para que no se vean privados de la compañía de sus amigos.

Como observé que los ánimos estaban algo inquietos, resolví, despues de descansar un par de dias, continuar mi expedicion, haciendo el viaje esta vez en el camino de hierro, el cual me condujo á la capital de la nacion denominada, Somera.

PARRAFO V.

En esta capital nombrada Farsalia, saqué de la cartera mi carta de recomendacion, y con ella me presenté al sugeto que tenia estampado su nombre. Me recibió bien, y por su buena fisonomía colegí, tenia cualidades recomendables.

No me equivoqué en mi cálculo, porque despues de los cumplimientos de costumbre entabló el razonamiento siguiente.

Acaba V. de estar en una nacion, que por mil títulos, es digna de mejor suerte: me esplicaré.

La desgracia de la espresada nacion consiste, en que quiere imitar todas las fórmulas de la que ahora pisa V. su suelo, y á que pertenezco, sin tener en cuenta, que hay tanta diferencia en las costumbres de los habitantes de una y otra nacion, como de la noche al dia.

Mas sin meterme en manifestarle los motivos de esta diferencia, que para mí todo proviene del diverso clima que respectivamente ocupa cada nacion, de donde nace su temperamento diametralmente opuesto, me concretaré á lo res-

pectivo á la ciega imitacion de nuestros usos y costumbres.

Bástele á V. decir; que por pura imitacion á nuestras modas, quieren vestirse, comer, usar de nuestra moneda, y hacer cuanto nosotros hacemos, sin reparar que esto no les es conveniente ni provechoso, llevando su ceguedad hasta el extremo de ser meros traductores de nuestras obras, que lo único que tienen algunas de ellas, es ser bastante perjudiciales, no digo para la nacion de que hablamos, sino para todo el mundo, pues en ellas no vé V. mas, que patrocinar las pasiones mas desenfrenadas aunque estén algo embozadas.

En dichas obras observará V., que la lujuria, la venganza y demás pasiones malas se las dá un colorido muy diferente del que en sí tienen, puesto que en lugar de mitigar á los que están inclinados á estas pasiones, con su relato, se las fomentan extraordinariamente.

En esto emplean su talento los autores de semejantes obras; pero no me maravillo de ello, pues los demás hombres que se llaman sábios, si no las aprueban, al menos no ponen de su parte todo su conato para contrarrestar semejantes doctrinas.

Si á las malas pasiones no se las pone un dique, sino que por el contrario se las dá campo ancho para ejecutarlas sin obstáculo alguno, claro es que se entregan á ellas con el mayor desenfreno los que sin este aliciente hubieran podido dominarlas. El daño que esto les causa, aunque despues conozcan que han sido mal aconsejados, ya no será tiempo para recuperar la calma y la vida, que sin este desbordamiento, hubieran podido gozar.

Esta nacion que á la hora presente alberga á V., con sus veleidades, ha disfrutado de todos los gobiernos que se conocen y han conocido hasta el dia.

Primero se gobernaron por patriarcas, despues por reyes, mas ó menos despóticos y representativos, y con repúblicas; mas nada la satisface, sino es la continua variacion que es su comida favorita.

Pero en honor de la verdad, esta nacion tuvo una época que la hará para siempre memorable por su gran proyecto de asociacion general, que al fin fracasó, como sin género de duda fracasarán los proyectos de socialismo que en la ca-

beza de algunos de los escritores, ciudadanos míos, se están amasando: porque si fracasó el primero con elementos tan favorables como se supone los hubo, ¿qué les espera á los nuevos reformadores que no cuentan con tan bonancible coyuntura?

Es pues el caso, que en la época citada se juntaron en el mando de aquella República unos hombres de firme voluntad en la grande obra que se habian propuesto, que era igualar todas las fortunas de su nacion; y como además encontrasen apoyo en la mayoría de sus habitantes, sacaron con tanta exactitud todos los valores de fincas, ropas, muebles, alhajas, ganado y demás que existia en aquel entonces, que muchos se admiraron de tan prolijo trabajo.

Con la misma exactitud tomaron razon de todos los habitantes para hacer la distribucion en iguales partes á cada uno, cuya distribucion, segun dicen las escrituras de aquel tiempo, fué tan perfecta, que ni siquiera en dos reales hubo diferencia en ninguno de sus individuos; así que todos eran iguales en fortuna; y este grande trabajo de los gobernadores, fué pagado con manifestaciones de júbilo y gratitud.

Los hombres que semejante obra habian llevado á cabo, descansaban y se deleitaban en ella, bien ajenos de que debia de durar tan corto tiempo como duró, cuando estaba basada en el bienestar de todos.

Efectivamente, todos tenian que comer, pero era trabajando; mas siendo muchos los holgazanes, estos principiaron á vender lo que tenian, y de consiguiente, á los tres años se hallaba la nacion con el desnivel de fortunas que antes de la grande obra.

Con mucho gusto, le dije, he oido á V. su razonamiento, y tanto mas me ha sido grato, cuanto que todo lo que V. ha manifestado está pasando con dos naciones terrestres; siendo bien particular el que el mal de los habitantes terrestres se haya comunicado tambien á los lunáticos.

En este instante, apareció en el dintel de la puerta de nuestra estancia una bonita jóven lunática, y desde él con una voz dulce, le dijo á mi amigo que si le daba permiso para entrar; y este con semblante risueño, la manifestó podia hacerlo.

Entonces dando unos pasos hácia adelante con voz muy dulce y melodiosa, se esplicó de la manera siguiente:

Padre mio: (en otra parte se hubiera dicho papá) una curiosidad (en todas partes las mujeres son curiosas) me ha obligado á tomarme la libertad de interrumpir y molestar con mi presencia á V. y á este caballero, por lo que espero de sus indulgencias me disimularán este atrevimiento.

Su padre la alargó la mano, como en señal de asentimiento, y yo con un movimiento de cabeza, la manifesté el mio.

Este acto de urbanidad mia, me valió el que esta bella lunática me diese la mano, la que creia estuviese fria como la Luna, pero me engañé, pues la tenia bastante caliente.

Lo que mas me llamó en ellá la atencion, despues de su grande hermosura, fué la candidez de su rostro, y la grande virtud que en él resplandecia.

Tomada, pues, nuestra venia, la niña continuó diciendo, que la habian informado de que con su señor padre se hallaba un habitante terrestre; y como ella no habia visto ninguno hasta la presente fecha, le habia entrado tal deseo de verlo, que no habia reparado en la libertad que se tomaba de molestar con su presencia á su señor padre y á mí.

La volvimos á tranquilizar sobre su proceder, y en seguida, principiá á hacerme tantas preguntas, que á no ser porque era tarde y nos precisaba retirarnos, me vuelve loco. En fin, despues que, al parecer, se hallaba satisfecha de mis respuestas, me despedí de padre é hija, á cuya casa no volví hasta el dia de mi marcha, la que emprendí para poder llegar al fin de mis deseos.

PARRAFO VI.

Atravesé varias naciones, sin detenerme en ninguna de ellas por no haber visto nada notable y que me llamase la atencion hasta que pisé el territorio de la nacion titulada Buena Dicha, que me sorprendió al ver la alegria que en los semblantes manifestaban aquellos habitantes; y calculando que esta alegria provendria de la felicidad que disfrutaban

en este país, me resolví á pasar en su capital, nombrada Ciudad de Descanso, unos dias.

Llegado que hube á la espresada ciudad, reconocí mi cartera, con objeto de ver si traia recomendacion para alguno de sus dichosos habitantes, y me encontré con dos; una para la cabeza de la nacion y otra para la cabeza de la iglesia.

El primer dia de descanso, lo dediqué á examinar la poblacion, y con gusto noté que la misma alegría que habia observado en el camino, la misma disfrutaban sus moradores; con tal órden en todas las cosas, y tan amables y corteses se mostraban conmigo, que no dudé por un momento que habia en el gobierno de esta nacion personas respetables que con su conducta y sabiduría hacian el bien de la nacion.

Esto podia averiguarlo sin dificultad, pues teniendo recomendacion para las dos personas, que al parecer sostenian la balanza del gobierno de aquella nacion, y de la que depende el bien ó el mal de sus habitantes, estas recomendaciones me proporcionaban el poder entablar amistad con estas personas, y oir de su propia boca el cómo se manejaban para mantener á sus habitantes tan alegres y contentos.

A este efecto, resolví presentarme primero al cabeza de la Iglesia; así que, guiado por este deseo, al tercer dia de haber llegado á esta capital, me dirijí al palacio de dicho señor, y me hice anunciar.

La perspectiva exterior de esta morada, no manifestaba suma grandeza, pero en su favor tenia otra mas perfecta, que era la de reinar en su interior, además del aseó de los muebles, un silencio religioso, que se hermanaba perfectamente con las maneras sin hipocresia ni afectacion de sus habitantes.

Un jóven y amable sacerdote me encaminó á la estancia del venerable prelado, el cual, al momento que me vió, me alargó la mano, que la besé con el mayor placer.

En su rostro estaban marcadas las tres virtudes teologales, Fé, Esperanza y Caridad; así que en el instante que tuve el gusto de verle y besarle la mano, sentí en mi interior una sensacion agradable. Y para que nada le faltase á este feliz mortal, su barba blanca como la nieve con su calva reluciente:

ciente, completaban la representacion de un varon de la mayor veneracion.

Pasados los primeros cumplimientos, me preguntó por el amigo Ferrus, diciéndome que le apreciaba infinito, porque era un verdadero amigo, y contestado por mí su buen estado de salud y bienes, me manifestó que me esperaba á comer en su compañía al otro dia para poder hablar un poco.

Le dí las gracias por tan grande favor, el cual acepté gustoso; pues de este modo llenaba el objeto de mi visita: así que, no falté á la cita, y con pocos cumplimientos nos pusimos á la mesa y principiamos á dar buena cuenta de los manjares, que aunque frugales eran apetitosos.

Una cosa notaba, y era, que de todo comia mucho y no me hallaba satisfecho; mas esto debia suceder necesariamente, porque la sustancia de la escarola que habia cenado, ya no existia, y lo que comia era imaginario.

En un momento favorable que se me presentó, me determiné á manifestarle, que segun habia observado por los semblantes de los individuos de aquella nacion, debian estar muy satisfechos de sus gobernantes, porque en otras naciones por donde habia pasado, sus moradores estaban mas pensativos que alegres.

A esto me contestó el venerable prelado, que era cierto gozaban los habitantes de su nacion de descanso y tranquilidad, lo cual provenia de su uniformidad de pareceres, de la confianza que estos tenian de sus gobernadores, y de la union y buena armonia en la administracion espiritual y corporal.

El reunir todo esto, me dijo, es muy difícil, puesto que cada uno discurre á su modo; pero mucho puede contribuir al logro de esta union de pensamientos, y por consiguiente á la felicidad de todos, la recta administracion, unida con el buen ejemplo que deben dar las dos personas que en este mundo están encargadas de dicha administracion; porque si estas se desvian de la línea trazada á todo hombre de buenos principios, sus súbditos les imitarán infaliblemente; porque yo no estoy conforme con la máxima, de *haz lo que yo digo y no hagas lo que yo hago*, pues si yo predico contra las malas acciones, ó sea contra el pecado, y este pecado lo

cometo yo, por mucho bien que haya hablado sobre la materia, hasta causar admiracion en los oyentes, quedará desvirtuado todo mi trabajo, y cometeré el mayor de los males, que será dar márgen á que digan las persona salgo ignorantes, que cuando un sábio comete un pecado, bien pueden ellos cometerlo. Y esto resalta mas cuando la persona que lo comete está llamada por su carácter sacerdotal á dar buen ejemplo.

A este buen ejemplo se encaminan todos mis desvelos, y al logro de tan saludable beneficio, me ayudan mis queridos hijos los sacerdotes; que persuadidos, como lo están, de que segun sus obras, así serán respetados por sus hermanos legos y premiados ó castigados sus buenos ó malos servicios por Dios Nuestro Señor, en el momento de hacer su voto de consagrarse al servicio del Señor, ya no piensan sino cómo pueden ser útiles con sus obras de caridad á sus hermanos, dándoles consuelos espirituales en las desgracias que puedan ocurrirles.

Para el nombramiento de tan alto oficio desecho toda recomendacion, y solo miro si el sugeto que aspira al sacerdocio reúne todas las cualidades, de instruido en todas materias, genio apacible, vocacion firme en la carrera sacerdotal, y que con facilidad pueda dominar sus pasiones; así como que se persuade que dicho empleo no es para pasar una vida de comodidades, sino trabajosa, y hasta con privaciones, porque de faltarle estas cualidades se originan los males que deploran en otros países. Por esta razon si le corresponde por rigurosa escala de antigüedad, ascender al empleo inmediato, no lo rehusa, antes por el contrario lo desea para poder ser mas útil á su prógimo.

Esto es respecto á mi humilde persona, mas respecto á nuestro querido Monarca, no podria acabar de enumerar en muchos dias los grandes servicios que con su laboriosidad está prestando á sus súbditos; pero ya que tu, hijo mio, quieres saber el motivo de la alegría de los habitantes de esta nacion, en breves palabras te indicaré lo que este buen Rey hace para que le respeten y veneren sus servidores.

Esta es su vida. Por la mañana á eso de la diez en verano y once en invierno, se instala en la sala de audiencia para

darla á todos sus vasallos que la soliciten, empleando en esta operacion una ó dos horas, segun el número de reclamantes de su justicia.

Esta la administra en el acto, si ser puede; haciendo responsables del pronto despacho de aquellos asuntos que necesitan tiempo, á los empleados del Estado, cuya responsabilidad, si por descuido ó negligencia del empleado no le ha presentado á su tiempo, llega á veces á ser castigado con penas algo severas, pero que el rey no hace mas que mandar sean cumplidas con arreglo á las leyes establecidas en el Reino, y cuyas penas no las ignora ningun empleado.

Esta rectitud en la administracion de justicia, hace que sean pocos los que se presenten en la audiencia del rey, porque todos cumplen bien con sus obligaciones, evitándose con esto toda clase de quejas, que suele haber contra los gobernantes de la nacion.

De una á tres, se presentan los ministros de la corona, que le dan cuenta de todo lo ocurrido en las veinte y cuatro horas trascurridas; y segun sus informes, decreta siempre lo mas favorable y beneficioso á sus vasallos.

De tres á cinco, lo dedica á la comida y descanso; y despues, en lugar de paseo, sin anunciarse, se presenta en aquel ó este establecimiento de beneficencia y demás dependencias de la nacion que reclaman suma vigilancia, para que todos cumplan con su cometido; así que, como no saben los encargados de estos establecimientos, qué dia y hora serán visitados por S. M., siempre están con cuidado, redundando todo esto en beneficio de la humanidad doliente.

Dice el rey, y dice bien, que el cargo del gobierno de una nacion, no se ha de tomar para entregarse á la molicie y al cumplimiento de todos sus caprichos, sino para desempeñar en la tierra el cargo de un verdadero padre de sus vasallos, administrando justicia á todos los que la reclamen; porque de otro modo, falta á la confianza que de él han hecho sus súbditos, y á la eleccion de rey que Dios se ha servido concederle, y por consiguiente á su conciencia por no haber obrado como debia por semejante confianza.

Así mismo dico, y en ello estoy conforme, que se admira cómo algunos reyes abandonando el gobierno de la nacion

en manos de un ministro, que algunas veces, suele ser el azote de sus vasallos, se entregan estos Reyes á toda clase de diversiones, rodeados de una docena de aduladores, que quizás estén tramando en secreto su destronamiento; porque á un buen rey, así como á una mujer hacendosa y económica, nunca les falta que hacer, este en su Reino y aquella en su casa.

Además que él cifraba toda su felicidad, primero, en que cumpliendo bien con su ministerio, su conciencia está tranquila, respecto á Dios, y segundo, que le sirve del mayor consuelo observar en sus súbditos la alegría y contento, precursor de la buena administracion de justicia; porque es necesario estar muy embrutecido en los placeres, para no conocer en los semblantes de sus vasallos, si estos están ó no satisfechos del uso que hace un rey de su mando.

En este momento percibí voces en la calle, que al principio creí fuesen motivadas por algún pronunciamiento, pero que luego me sacó de la duda el venerable prelado, diciéndome, que las voces que se oían eran vítores al rey, el cual solia venir á su palacio á visitarle, ó mejor dicho, á consultarle sobre el modo de mejorar esta ó aquella institucion.

Esto me tranquilizó, siéndome satisfactorio este incidente, pues me proporcionaba el que con un tiro, como suele decirse, matase dos pájaros; es decir, me evitase una visita.

Efectivamente, á poco rato se presentó el rey en la habitacion nuestra, con semblante alegre como el que está satisfecho de haber hecho alguna buena obra.

El Sr. prelado le salió al encuentro, y despues de saludarse mutuamente los dos personajes, tan buenos padres para sus hijos, me fuí yo á postrarme á sus piés; pero alargándome su mano me impidió ejecutar este acto, cuya mano besé con sumo respeto.

Segun pude observar, rayaba en unos cuarenta años de edad, estatura regular, ojos negros, cejas del mismo color, nariz y boca regulares, que con su color sonrosado y cutis blanco, en union de las demás facciones perfectas, le hacian en conjunto un varon hermoso, noble y respetable.

Nos hizo sentar, lo cual ejecutado, el venerable prelado le indicó que yo era recomendado del amigo Ferrus, del

cual tenía una carta para Su Magestad, añadiendo era yo un habitante terrestre, en cuyo sitio habia estado dicho Sr. Ferrus, y con quien habia regresado á su país.

Mucho me alegro, me dijo el Rey, de saber del paradero de mi amigo Ferrus, á quien aprecio infinito, así como de conocerte, pudiendo desde este momento disponer de lo que gustes, pues estoy pronto á servirte; tanto por ser recomendado de tan buen amigo, como porque deseaba ver á un habitante terrestre para poderle ser útil en alguna cosa.

Le dí las gracias por todo, y viendo que mi presencia podria impedir el que se realizase lo que me habia manifestado el prelado, me despedí de tan respetables señores.

Antes de salir del palacio Episcopal, observé en una galeria prolongada de este palacio, que habia unos cuadros los que me llamaron la atencion, porque en ellos se representaba la existencia humana en este valle de lágrimas, con figuras alegóricas, y para mayor abundamiento en la parte inferior de cada cuadro estaba escrito lo que representaban las figuras, que por ser curioso pedí al sacerdote que me acompañaba, me permitiese sacar una copia, quien me dejó en libertad de hacer lo que me acomodase; y en su consecuencia voy á trasladar á este papel, lo mejor que pueda el contenido de todos ellos, en la forma siguiente:

PRIMER CUADRO.

Representaba en la mitad del costado izquierdo, una poblacion, y en el interior de una casa, dos niños que estaban entretenidos con juguetes, y un poco mas distante una mujer que daba azotes á otro niño. En el costado derecho de la mitad de este cuadro, se representaba un campo y una pequeña parte de una poblacion, donde se veian varios niños que se entretenian en correr; y en la última casa de la parte de la poblacion, en su interior, se veian un hombre y una mujer sentados en derredor de una mesa con viandas, y en el dintel de la puerta de esta habitacion un niño que miraba con

avidez estos manjares, pero que al mismo tiempo temia el entrar mas adelante, por haberse descuidado en la hora que le tenian señalada. El escrito de este cuadro decia así.

Desde su nacimiento hasta la edad de cuatro años, su existencia no es mas que la de una cosa sin esplicacion; puesto que no hay razon para conocer ni lo malo ni lo bueno, se entiende bueno y malo, lo que nos alhaga ó repugna; ó mejor dicho, que no conserva en su memoria lo que le acaece en esta época.

En esta edad hasta los ocho años, solo atiende á corretear, bien por el campo ó por casa; y aunque no le gusta que le contrarien su voluntad, con todo, esta pasion la domina fácilmente, porque pronto se le pasa el pesar que dicha contradiccion le haya ocasionado.

Y esto debe así suceder, porque si á la manera que en la edad de adulto una continuada contradiccion desespera á la persona mas conformativa, si en la edad de la niñez no hubiese la facilidad de olvidar pronto las privaciones que le hacen sufrir los mayores, llegarían á desesperarse, porque parece tienen todos derecho de mortificar á los niños. Esto no obstante, la cosa mas insignificante le entretiene, y goza de las delicias que le proporciona este entretenimiento.

Estos goces no van solos, sin que le acompañen algunos pesares. Por egemplo: en dicho entretenimiento se le ha pasado la hora de la escuela ó comida: no ha estudiado la leccion: ha roto alguna cosa; en fin, ha hecho alguna fechoría. Sufre hasta que recibe el castigo, el cual recibido, no pasa un cuarto de hora sin que se le olvide. Esta alternativa de pesares y goces los conserva en su memoria, y cuando es mayor, los recita con placer, puesto que aquella vida inocente, la halla mas perfecta que la de cuando es ya hombre.

SEGUNDO CUADRO.

Representaba una poblacion, y en una casa se hallaba escrito sobre una muestra «Colegio de niños; y en otra, de

niñas»; y en cada uno de estos colegios se veian entrar con libros y labores en la mano, niñas y niños, siendo su contenido el siguiente:

Desde ocho á doce años, la existencia se va confirmando puesto que retiene en su memoria los goces pueriles, que son á no dudarlo, los mas perfectos que hay en este mundo, por ser recreos inocentes, sin mezcla de las pasiones, que mas adelante le han de traer pesadumbres sin cuento, aunque estas le proporcionen alguno que otro goce, porque á la par que las pasiones se van desarrollando, sufre con mas vehemencia cuando no le salen las cosas á medida de su gusto.

Aunque en esta edad empieza su mortificacion por los estudios á la carrera que se dedique, con todo, como su razon va vislumbrando, de que estos estudios, pueden mas adelante proporcionarle la independenciam y la libertad, para disponer á su gusto de su persona, se aplica á ellos sin pensar; así que ocupado en estos estudios, pasa esta época sin que él se aperciba de ello.

TERCER CUADRO.

Representaba un campo con arbolado y un rio. Debajo de algunos árboles se veian niños que estaban con el libro abierto en las manos: otros bañándose en el rio; y otros en ademan de correr por el campo, siendo su contenido el siguiente:

Desde doce años á diez y seis, su vida es una mezcla de niño y adulto, de consiguiente esta época pasa con la mayor presteza, sin que pueda manifestar si es bueno ó malo lo que en este tiempo ha sucedido.

CUARTO CUADRO.

Representaba una poblacion, por cuyas calles se veian transitar jóvenes de ambos sexos con las caras risueñas, y con ademan, como de quien quiere que le digan alguna cosa, coches, carros y mozos de cuerda cargados de géneros con otros mil objetos. Tambien en un costado de este cuadro se divisaba un campo, cuyo piso manifestaba estar lleno de yerba verde, con muchos grupos de gente; unos bailando, otros comiendo, y otros como declarándose el amor. Su convido, decia así:

Desde diez y seis á treinta años, ya las pasiones van asomando la cabeza, empezando á sentir sensaciones, que él mismo no sabe darlas explicacion, pero que insensiblemente le van introduciendo en la senda de los deseos; las esperanzas, la agitacion, ó sea la vida mortal.

Los estudios y la esperiencia, aunque esta sea poca, en union de que se desarrolla la pasion del amor, esta le da aliento para emprender en este terreno las empresas mas difíciles y arriesgadas del mundo, con el fin de disfrutar aquello que desea; siendo consiguiente que rara vez llega á disfrutarlo sin que antes no haya sufrido mil tormentos. Démosle por sentado que llega al fin á lograr todo cuanto apetece; cuando ha pasado algun tiempo, ya lo mira con indiferencia, y procura por todos los medios buscar otro nuevo recreo. De esta suerte, en una agitacion continúa, pasa lo que en esta época se dice vida del hombre.

QUINTO CUADRO.

Representaba en un costado una batalla campal, en la cual estaban poniendo á varios soldados y oficiales, cruces de distincion, galones de oro y entorchados. En el otro costado una poblacion, y en el interior de una casa, se veian varios grupos: en uno jugando dinero en abundancia: en

otro tratando de negocios comerciales y demás artículos: en otro de artes, etc. Su contenido decia así.

Desde treinta á cuarenta años, entra la reflexion, y con ella discurre sobre el porvenir; y de consiguiente la pasión dominante en esta época, es la de poseer bienes de fortuna, y buena posicion en la sociedad, respecto de honores; inclinándose á una ú otra con mas ahinco, segun su temperamento.

Tanto los gozes que ha disfrutado, como los pesares sufridos, le abren camino para conocer, que es preciso lanzarse á empresas árduas, con el fin de adquirir lo arriba dicho; mas es el caso, que despues de mil penalidades para lograr su deseo, no estará contento con su suerte, porque siempre le faltará algo para que se completen sus deseos; porque la ambicion del hombre, en lo general, no se sacia por mucho que la suerte le favorezca.

SESTO CUADRO.

Representaba un ameno jardin, y en un cenador un hombre, como meditabundo, sentado en un banco rústico, y estaba escrito lo siguiente:

De cuarenta á cincuenta años, estando ya posesionada la razon en el hombre, en esta época filósofa; y si á la par que sabe lo que goza, esto mismo no fuese causa de que sienta en igual grado los padecimientos tanto morales como corporales, seria la época mas feliz del hombre; pero está escrito que en este valle de lágrimas nadie puede hallar felicidad completa por mucho tiempo.

SÉTIMO CUADRO.

Representaba un gran río, en cuyas orillas habia algunos hombres que estaban pescando con caña, y en un costado de

este rio una Iglesia, á donde veian entrar hombres y mujeres, siendo su contenido este.

Desde cincuenta á sesenta años, es una época que participa de alguna tranquilidad, porque ya se van apagando las pasiones; mas tambien es cierto que con la desaparicion de estas se acaba la vida activa, ó llámese vida terrestre, caminando hácia su fin, es decir, que disfrutará de alguna tranquilidad en esta época si los achaques del cuerpo no le mortifican, pues á esta edad suelen salir á relucir los desórdenes que haya tenido en la juventud.

DECIMO CUADRO.

OCTAVO CUADRO.

Representaba una casa, en cuyo interior inmediato á la lumbre de una cocina, habia un hombre calentándose, con las piernas fajadas con bayeta amarilla, y un perrito á sus piés, en ademan de dormir. Su contenido era el siguiente:

De sesenta á setenta años.

Unidos los achaques del cuerpo á los de la vejez, no discurre mas que en lo próximo que se halla de separarse de la carne. Este trance quisiera retardarlo; pero és el caso que esto no puede ser; porque así como el sol no retrocede ó sea la tierra, en su carrera, así la vida del hombre sigue sin retroceder la suya.

NOVENO CUADRO.

Representaba una casa en cuyo interior se veia una mesa de villar en la cual jugaban dos mancebos, y en unos bancos de los costados, cuatro ancianos en ademan de dormir.

Su contenido decia así:

De setenta á ochenta años.

En esta época puede asegurarse, hablando en general,

que su carrera está concluida, y que solo existe para recordar los goces y pesares que ha tenido en las anteriores épocas; reflexionando que despues de tantos afanes ya todo se va á acabar para él; teniendo únicamente presente que si ha obrado bien, será premiado en la otra vida, y si mal, será castigado.

DÉCIMO CUADRO.

Representaba un campo, piso muy verde, donde estaban jugando unos niños al escondite, y entre ellos un anciano; y decia así su contenido.

De ochenta años en adelante, entra la chochera; y puede decirse con verdad, que ha vuelto al tiempo de la niñez ó á la primera edad, que es lo mismo que haber concluido su carrera, y que va á principiar otra, que es el descanso eterno.

FIN DE LOS CUADROS.

El agradable trato de los habitantes de esta capital, la tranquilidad que se gozaba, lo delicioso y pintoresco de sus campiñas con la temperatura benigna que tenia este país, me hicieron resolverme á permanecer uno dias mas de los que yo me habia propuesto en un principio.

Una relacion proporciona otra; así que, á los dos meses me hallaba en contacto con lo mas florido de la sociedad descansina. Con este motivo pasaba las noches en esta ó aquella reunion, segun me convenia; pero con mas frecuencia en la casa de un personaje de la alta aristocracia de aquella córte, el que tenia dos hijas bien parecidas, de unos veinte años de edad la una, y veinte y dos la otra.

A todas partes me acompañaba un jóven de unos treinta años, que en el camino se me agregó y se hizo amigo. Éste,

un dia se me presentó muy aflijido, diciéndome tenia un gran pesar, cuyo pesar no sabia cómo le habia de echar de su cuerpo.

Visto que con esta insinuacion daba á entender que queria franquearse conmigo, le dije, que puesto éramos amigos podia con satisfacion esplicarme el motivo de su pesar para ver si tenia remedio su mal. Estó le estimuló para hacerme la declaracion siguiente.

No sé si V. habrá observado, me dijo, que la hija mayor de ese grande personaje, en cuya casa pasamos la mayor parte de las noches, le ha dado la humorada de enamorarse de mí, sin mi permiso, pues yo no la he dado motivo para ello, porque si la he hecho algun obsequio, solo ha sido por pura urbanidad.

Pues señor, hace tres dias que esta señorita me declaró su amor, aunque con frases cortadas, pero que bien las comprendí.

Para evitar que el mal cundiese, la manifesté que siendo casado, me era imposible corresponder dignamente á su amor, y que así lo mejor era no concurrir á su casa, lo cual usted sabelo he ejecutado, pues no he tenido el gusto de acompañarle.

Con esto creia yo se habia acabado este asunto, mas es el caso, que ella ha tomado con tanto calor este amor, que segun me ha dicho su doncella está muy mala. Ya vé usted que yo hé obrado como debia; pero sabiendo que ella padece por mí, yo sufro tambien estraordinariamente, mas no veo ningun camino legal que pueda tomar para aliviar sus pesares.

Usted ha obrado, le contesté, como hombre honrado, y si sobreviene cualquiera desgracia, no V., sino ella, es la responsable; así que viviese tranquilo y no volviese mas á visitarla, que yo iria á verla para disuadirla de un amor que no podia tener correspondencia. En su consecuencia, al otro dia pedí la venia para visitarla, la cual se me concedió, teniendo la suerte de que nos dejasen solos.

Aprovechando esta ocasion la manifesté que estaba enterado del motivo de su indisposicion, por lo cual me tomaba la libertad de aconsejarla era preciso desechase un amor

que solo podia traer consecuencias funestas, puesto que en el que lo habia puesto era casado: que ella era rica y bonita y que no le faltarian hombres que tuviesen su corazon libre y dignos de ella.

Es verdad, me contestó, lo que V. dice; pero es el caso que tengo la propension de enamorarme de todos los hombres; unos porque tienen esta ú aquella gracia, y otros porque son extranjeros; así que tambien tuve la debilidad de enamorarme de V., por la razon de que era V. un habitante terrestre, pero sabido era casado se aplacó este amor.

¡Santa Paula! dije para mí: esta señorita es capaz de enamorarse de su misma sombra segun veo.

Señorita, la repliqué: es preciso, que así como se aplacó el amor que V. puso en mí, porque supo era casado, lo mismo espero le suceda con el que ha puesto en mi amigo, pues se halla en igual caso; mas al mismo tiempo quisiera fuese usted un poco amable conmigo para decirme si es aficionada á leer novelas amorosas, pues tengo mis dudas de si su propension á enamorarse provenga de esta causa.

Si señor, me contestó, es tanta, que paso dias y noches leyendo esta clase de obras, pues me distraen tanto, que muchas veces, ni me cuido de tomar alimento.

Es decir, señorita, la dije, que por leer novelas, desatiende, primero á las obligaciones que Dios nos ha impuesto, respecto á él; despues, al deber de una mujer por no cumplir con las que corresponden á su sexo para tener arreglada la casa y familia; y por último, que todo esto la perjudica en su salud, sin que sea útil para nadie.

Por lo tanto, soy de dictámen, que dejando á un lado esta clase de lecturas, se dedique á las labores de su sexo, y cuando estas le dejen tiempo á otras distracciones, que al paso que robustezcan su naturaleza, puedan ser beneficiosas al prógimo; y créame V., que de este modo evitará esa propension á enamorarse y podrá ser feliz en adelante.

Me ofreció que así lo haria, y seguidamente me fuí á consolar á mi amigo, á quien le dije podia estar tranquilo respecto á su enamorada, pues ese amor duraria tanto tiempo como tardase en leer una novela, en la cual se presentase un Juan ó Pedro, en quien fijar su imaginacion.

Estoy oyendo á los forjadores de estas novelas decir, que los que declaman contra estas leyendas, son enemigos de la ilustración y que quieren tener al género humano en la ignorancia mas crasa, pero á mi vez les diré, que de estas leyendas no se saca mas que el embrutecimiento de todos sus sentidos, puesto que pierden su salud corporal y espiritual, fomentando pasiones, que sin este aliciente estarian dormidas.

Pues qué, ¿para ilustrar nuestro entendimiento son necesarias las leyendas novelescas? No, ninguna falta hacen, la misma que en algun tiempo hicieron los libros de Caballería con sus encantamientos; pues para este efecto están destinadas otras obras que encaminan á los mortales á su verdadera felicidad y sabiduría.

Estoy conforme con su parecer, me dijo mi amigo, y continuó diciendo, que despues de darme las gracias por lo que acaba de hacer por él, tenia el disgusto de anunciarme que al dia siguiente se veia en el caso de separarse de mi compañía, pues le obligaba á ello un asunto, cuya resolucion le llamaba mas pronto de lo que él habia pensado.

Le deseé feliz viaje, y yo tambien me preparé para continuar el mio; principiando las visitas de despedida, entre las cuales estaba mi linda enamorada, la que al parecer se hallaba bastante enmendada del vicio novelesco, pues me dijo se avergonzaba de haber sido tan mentecata, y que en adelante observaria mis consejos.

PARRAFO VII.

Habiendo saciado ya mi curiosidad y descansado de mis marchas hasta la capital Descansina, emprendí mi interrumpido viaje; y sin novedad alguna, llegué al país Soltante, país para el cual me habia anunciado aquella voz dulce «allá me hallaré yo para dirigirte al fin de tus deseos.»

En esta inteligencia, me encaminé á las montañas llamadas Pasajeras, y en sus inmediaciones, sobre un ribazo, me propuse, al par de que el cuerpo tomase descanso, esperar á mi guia que me introdujese en el país que anhelaba ver.

No tardó mucho tiempo en que la misma voz dulce me dijese estas palabras.

«Cumpliendo con lo que te ofrecí en la ciudad de Sami, puedes desde luego introducirte en esos matorrales, y á la conclusión de ellos, hallarás una cueva, por la cual serás internado en el país de las Delicias.»

Hice lo que me mandaba aquella voz, y en breve me hallé en dicha gruta, desde la cual ví, que un camino recto y prolongado daba salida á un campo claro y ancho. Entonces no vacilé en mi marcha, y la emprendí con decision. Aun no había andado un cuarto de hora, cuando se presentó un hombre y me dijo, que para pasar adelante, era necesario dejar el traje que llevaba y ponerme otro que él me proporcionaba.

Obedecíle, y en el instante me encontré vestido con una túnica blanca como la nieve, un cordon parecido de seda color carmesí en la cintura, y unas sandalias con cordones de color azul celeste en los pies. Para la cabeza nada me dió, de lo que inferí que en el país de las Delicias el sol no era tan caluroso como en Madrid en los meses de julio y agosto.

Puesto de esta manera seguí el camino, y en breve me hallé fuera de la gruta y en un vasto campo. No dejé de experimentar un placer grande en el momento de llegar á pisar el deseado país de las Delicias; tanto porque se realizaba mi sueño, como porque la sola vista de él manifestaba que sus habitantes debian disfrutar cumplidamente de la grande obra del Ser Supremo.

Lo primero que se presentó á mi vista, fué un jardin lleno de toda clase de frutas, pajaritos saltando de rama en rama por los árboles, que cantaban maravillosamente, una yerba fresca y al mismo tiempo suave, blanda y sin humedad, un temperamento benigno, que al par que daba ganas de estenderse en el suelo, se extasiaba uno en lo pintoresco del jardin y en su sorprendente perspectiva.

Con tanto gusto como placer, me fuí internando en este jardin, que unas veces se presentaban valles, otras montecillos y otras llanuras, con unos arroyos de agua cristalina, que con variados surcos recorrian aquellos sitios amenos. Mas lo que llamó mi atencion, fué unos árboles que de tre-

cho en trecho habia, de los que pendian, en unos en lugar de ojas ó fruta, eran tónicas; en otros, cordones; en otros, sandalias; semejante todo á lo que yo llevaba puesto en mi cuerpo, y en otros, instrumentos de música.

Para cerciorarme de si esto era cierto ó figuracion mia, palpé con la mano todos estos objetos, y no me quedó la menor duda de que eran verdaderos, pues las tónicas, sandalias y cordones tenian la misma flexibilidad, blancura y color que lo que llevaba puesto, y los instrumentos eran sonantes y de suma consistencia.

Tambien no dejaba de chocarme, que habiendo andado cerca de una legua, no hubiese encontrado ningun habitante de aquel país; pero esto se desvaneció: primero, porque ví muchas ovejas con sus corderillos que pacian tranquilamente; y segundo, porque oí una música, tan melodiosa y agradable, que me daban tentaciones de bailar.

En la direccion de esta música, me encaminé, y á poco divisé un gran corro de hombres y mujeres que al son de esta música estaban bailando.

Me fuí acercando, y cuando estaba observando el baile inocente de esta gente, vino hácia mí una hermosa jóven, y con la mayor gracia y candor, me dijo saliese á bailar con ella.

Yo que soy muy amable por un lado, y por otro, contentísimo de hallarme en un país tan hermoso, no tuve inconveniente en bailar con la linda deliciosa, que con la mayor gracia y soltura, manejaba pies y cuerpo.

Concluido el baile, se trató de formar una orquesta entre todos los de la reunion, por lo que inferí que todos entendian la música, y como á este efecto cada uno tomase su instrumento, viéndome á mí sin ninguno, se acercó uno de los concurrentes á un árbol, de donde pendian dichos instrumentos, y me trajo y puso en mis manos el violon.

Este instrumento nunca me agradó tocarlo; pero viendo que tanto en el país terrestre, como en el de las Delicias, me elegian para tocar este instrumento, tuve que resignarme con mi suerte, y mal de mi grado tocarlo para divertir á mis amigos.

Despues de esta operacion, cada uno se fué por su lado,

despidiéndose á la francesa, y solamente quedó un gallardo jóven que me dirigió á donde se hallaban sus padres.

Este matrimonio me recibió con sumo agrado, y como los hallé sentados en la yerba, yo hice lo mismo para imitarles.

Incontinenti me preguntó el padre de este jóven, que dónde tenia la compañera, ó si me encontraba aún sin ella, á lo que le contesté, que la tenia, pero que se hallaba muy lejos, en el país terrestre, y que siéndole muy difícil el entrar en el país de las Delicias, tendria que estar sin compañera.

A esto, me replicó el anciano, que solian emigrar del país de las Delicias á otro país; pero que no se acordaba haber visto ni oido viniese de aquel á este.

Será cierto que así haya sucedido, le dije; pero por el presente, si es que no esté soñando, á mi se me ha permitido entrar.

Así será, me manifestó el anciano; mas si quieres agregarle á mi familia, desde ahora os contaremos como un individuo de ella.

Le dí las gracias, aceptando la oferta; y en su consecuencia esperaba me encaminase á la casa en donde vivian, mas como vino la noche y nadie se movia del sitio en que los ví por primera vez, inferí que el campo era la morada de los habitantes de aquel país.

En su consecuencia, como habia andado y bailado tanto, y mi estómago se hallaba repleto de las esquisitas frutas que habia comido, disfrutando además de la calma, sin calor ni frio admosferico, y de los mil olores agradables que despedian las flores, con la suave yerba que me servia de cama, se apoderó de mí el sueño hasta el amanecer, que me despertaron las voces de «á la Oracion».

Me incorporé á estas voces, y me hallé rodeado de unas trescientas á cuatrocientas personas, entre hombres, mugeres y niños, que habian inclinado sus rodillas en tierra, y con los ojos fijos en el cielo estaban orando al Ser Supremo, para darle gracias por todo lo que hace por sus criaturas.

Esta actitud reverente, grande y magnífica, me hizo

brotar lágrimas por mis ojos de alegría, y en el acto imité á mis hermanos en la oracion.

Pasado como un cuarto de hora, se levantó el padre de toda aquella familia; y aún postrados todos los demás en tierra, les echó la bendicion, recibida la cual, se marcharon en distintas direcciones para volver al otro día á hacer la misma operacion.

Cuando empezó la dispersion, me dijo el padre de aquella familia, que era el mismo anciano que me recibió el día anterior tan cariñosamente, me quedase en su compañía para instruirme de los usos y costumbres de los habitantes de aquel país, y yo le obedecí con sumo respeto.

Primeramente, me dijo, tomado el alimento espiritual, es preciso tomemos el corporal, para lo cual, puedes dirigirte á cualquiera de los costados de este jardin, en donde encontrarás en los árboles frutas de todas clases, que cojerás para tu alimento, de las que mas te agraden.

Seguidamente, despues que te halles satisfecho completamente, vendrás á este sitio, y te informaré de todo lo que hay en este país.

Hice lo que me ordenaba, y despues de alimentado á mi satisfaccion, acudí al sitio designado, en donde hallé á mi venerable anciano sentado sobre la yerba y haciéndome tambien á mí sentar á su inmediacion, dió principio á su narracion del modo siguiente:

Todo este país tendrá unas cien leguas de latitud y otras tantas de longitud, circundado de montañas que se pierden en la altura, siendo estas muy perpendiculares, por lo que el hombre no puede subir por ellas.

Las mismas frutas, ovejas, pajaritos y demás que has visto hasta llegar á este sitio, desde que penetrastes en este país, las mismas se hallan en todo él; así que el mismo alimento y demás goces disfruta el último habitante del Mediodia, como el último del Norte; por aquí que los usos y costumbres sean uniformes, pues el Ser Supremo ha querido que todos sean iguales en dicha y descanso terrenal.

En el centro de este país, se eleva un árbol á unos cien pasos de la tierra, cuya fruta comida que es, le produce al

que le gusta un dolor tan agudo, que le hace salir del país de las Delicias para entrar en el país Lunar.

Muchos son los que la comen, á cuyo efecto se suben por unas escaleras hechas por la naturaleza, porque segun dicen en el pais Lunar, al paso que se padece, tambien se goza, pues el hombre tiene otras distracciones diferentes á las que hay en este país de las Delicias, que un dia y otro siempre son las mismas. Yo por mi parte me contento con lo que Dios se ha servido darme, y así acabaré esta vida para despues pasar á la eterna.

Varios rios atraviesan este jardin ameno, en los que se lavan y recrean sus habitantes. En esta operacion y en la de bailar, tocar la música, comer y dormir pasan el tiempo dia y noche, teniendo únicamente el trabajo de cuidar las madres á sus hijos pequeñitos hasta tanto no pueden manejarse por sí mismos.

Las obligaciones que tienen que cumplir son: por la mañana al rayar el dia, dirigirse al sitio donde se halla el padre que debe echarles la bendicion despues de la oracion, y cuando quiera contraer matrimonio, pues sin este requisito no puede ninguno efectuarlo.

Esta bendicion, lo mismo puede ser mia, como de los demás que están de legua en legua situados, y tienen la señal de aquel árbol, (y me señaló uno que tenia en lo último de sus ramas, una como bandera hecha de cordones azules y carmesí referidos), que es el símbolo de la obediencia, cuyo cargo lo ejerce el que tiene mayor número de años en esta vida y permanencia en la comarca.

Como no hay querellas de ninguna especie, están muy unidos en pensamiento y obras y se quieren como buenos hermanos, no hay que administrar justicia alguna; así que ya ves que el trabajo que tengo es bien pequeño.

Ninguna enfermedad ni dolencia se padece, sino es la muerte corporal, cuando Dios se sirve llevarlo á su compañía, siendo por lo regular á los cien años de edad, en cuyo acto le dan sepultura á su cuerpo.

Para saber los años que cada uno tiene, va rayando en la corteza de un árbol cada dia que pasa, y cuando suman trescientos sesenta y cinco dias, en otro árbol señala un año.

Esto lo hacen algunos, pero los más no se cuidan de ello.

Como no es obligatorio el que estén aquí ó allí, toman el sitio que les place y recorren el país todo, quedándose á dormir en donde se hace noche.

Esto es lo que sucede en este país, y en su consecuencia estás en libertad de gozar de cuanto en él se cria para el hombre, pues puedes vivir seguro de que nadie te incomodará, pero es preciso que tu les imites en la amabilidad y condescendencia que tienen unos con otros.

Le dí las gracias por todo; y en vista de que el campo estaba á mi disposicion, me fui á recorrerlo y disfrutar sus productos, comiendo de esta ó aquella fruta; y donde veia alguna reunion me introducía en ella.

Si tenia ganas de bailar, bailaba: si de tocar algun instrumento de música, tomaba parte en la orquesta que se improvisaba, evitando únicamente tocar el violon: si solo queria ver la orquesta estando echado en la yerba suave y aromática, sin cumplimiento alguno lo ponía por obra.

El único animal que habia en este país, despues de los pájaros, era la oveja, la que proporcionaba á sus habitantes leche en abundancia, de la que mamaban hasta saciarse, pues además de su esquisito gusto, eran tan mansas estas ovejas, que parecia gozaban cuando el hombre disponia de su leche.

Las frutas de los árboles, eran tantas y tan variadas, que seria necesario un diccionario para enumerarlas; baste decir que habia fruta, que cuando uno la comia, su sabor era lo mismo que la perdiz estofada; otra la de una gallina en pepitoria; otra la de un pavo relleno, y así todas las demás.

Por todo lo dicho se puede inferir, que en este país no habia sastres, zapateros, peluqueros, cocineros, ni arte alguno; pues la naturaleza, por mandato de Dios, le proporcionaba al hombre todo lo que necesitaba para poder vivir regaladamente y sin trabajo.

Libre además de alguaciles, escribanos y abogados que le formasen querellas; de médicos que le matasen con sus experimentos; y en fin, de toda incomodidad, inclusa la de que le atropellase un coche dirigido por un amable asturiano.

Con todas estas ventajas, recorrí el país de las Delicias;

admirando todos los dias lo magnífico de este jardin, y la incomparable hermosura de sus habitantes, los cuales, con sus túnicas blancas, sandalias y cordones de colores y el pelo tendido hecho rizos, parecian unos serafines, sin que ninguno tuviese defecto físico ni moral.

Esta vida parecia que debia á uno agradar, y no perderla por el capricho de conocer otra cosa, que además de tener que trabajar para ganar su sustento, tenia que sufrir mil incomodidades y privaciones, amén de las enfermedades del cuerpo; pero no era así, pues los habitantes de este país solian emigrar al de la Luna, por variar de posicion.

En fin, yo mismo, que habia experimentado estos males, despues de pasar unos cuatro años en esta vida tan olgazana, ya me venian tentaciones de volverme á mi país, pues lo que al principio me habia parecido tan bueno y agradable, en el presente ya me cansaba el hacer y ver todos los dias una misma cosa, cuya monotonia me habia llegado á fastidiar: porque considerado bien, en el mundo terrestre la misma alternativa del bien al mal estar, no deja de proporcionar sus goces.

La variacion de las cosas y de los tiempos, la opresion y la libertad, la virtud y el vicio, todo esto contribuye al entretenimiento del hombre.

Ninguna cosa puede llamarse mala, si nosotros no la hacemos con nuestro desmedido deseo y si nos conformamos con nuestra suerte; así que, el veneno mata si se toma en dosis mayor de lo que un cuerpo puede tomar, y sana si se toma en porcion arreglada: los mismos efectos causan la excesiva alegría y tristeza, el calor y el frio, y así de los demás.

Una fea puede consolarse si se presenta otra mas fea que ella, y la muy fea conformándose con la voluntad de Dios, y reflexionando que esta vida mortal es corta y será remunerada en la eterna. Un cojo se consuela cuando vé á un jorobado y un tuerto con un ciego: un pobre con otro mas pobre, y un rico con los pobres socorriéndolos.

Con estas reflexiones me fuí un dia insensiblemente acercando al árbol consabido, y luego que lo ví me resolví á comer de su fruto para volverme á mi país.

Comí pues, de él, y mientras hacia el efecto que me habia manifestado el anciano, estaba mi imaginacion ocupada en discurrir que el hombre es y será siempre insaciable en su deseo, y que por lo mismo el Ser Supremo, en su magnifica obra, habia dispuesto la diversidad de cosas, muchas de las cuales, son incomprensibles para nosotros, por lo cual á veces las calificamos de malas.

Si Adán comió de la fruta vedada, fué por su deseo de variar de una posicion tan buena y permanente por otra desconocida de él; mas sus descendientes conocida y todo, no vacilan en quererla poseer, aunque despues les pese.

En este momento sentí un dolor de muelas tan fuerte, que me hizo correr á toda carrera en direccion de la salida del país de las Delicias, y no se aplicó este dolor hasta haber llegado á la gruta por donde habia entrado con tanto afán y gusto.

Introducido en la gruta, despues de unos pasos dados, volví la cabeza hacia mi espalda, y reparé que se habia cerrado la puerta de entrada; por lo que no tuve mas remedio que seguir el camino de la salida.

Como aunque dejé la ropa á mi entrada en el país de las Delicias tuve la precaucion de guardar la cartera donde tenia los créditos que me habia dado mi amigo Ferrus, me dirigí á la capital de la Nacion Soltante, y preguntando por el sujeto de quien debia recibir las cantidades que le pidiese, tuve la suerte de hallarlo, quien me proporcionó lo que necesitaba; y habiéndome mudado de traje, sin dilacion emprendí mi viaje para reunirme con mi amigo Ferrus.

No me detuve en ninguna parte, ni me ocurrió novedad alguna en el camino que merezca referirse, si se esceptua una conversacion que tuvieron un dia dos viajeros que venian en el mismo coche que yo, la cual no dejó de llamarme la atencion por su originalidad; y por esta razon, y para diversion del lector, la estamparé, tal como la oí.

Estos dos sugetos, el uno representaba unos sesenta años, y el otro unos treinta; y tomando la palabra el mas jóven, dió principio al razonamiento siguiente:

Es preciso desconocer enteramente las razones que tengo, para no reprobar la eleccion que ha hecho la nacion que

acabamos de dejar para que la gobierne como rey y soberano. La primera de estas razones es, que el elegido pertenece al pueblo, y esto nunca debia admitirse, pues repugna que un cualquiera esté revestido con el manto Real, que solo está reservado para la clase esclarecida de una nacion.

La segunda, que nunca será respetado como si perteneciese á esta clase noble y por herencia le correspondiese la corona; porque de otro modo no será mas que un usurpador de los bienes ajenos.

La tercera y última es, y pregunto á V. ¿quién le dá este derecho de apropiarse de una cosa reservada á los descendientes de los reyes? La respuesta creo será, de que nadie mas que la fuerza.

El de mayor edad, le contestó, que la misma fuerza que le habia dado el derecho al primer rey que hubo en el mundo, la misma le daba al que él miraba con tanta repugnancia.

Y sinó; partiremos desde el principio del mundo. Cuando los hijos de nuestro primer padre Adan se fueron multiplicando y se esparcieron por la tierra, uno de estos, de mayor audacia, se propuso mandar á los demás hermanos: y sea por simpatias, ó porque graduando no podria uno solo asistir al gobierno, y por lo mismo alguna parte tocaría á los que favoreciesen la empresa del primero, le dieron su cooperacion y de consiguiente quedó hecho rey y los demás vasallos.

Este, á los que le apoyaron mas directamente, al uno lo hizo ministro, á otro duque, marqués etc., y esta es la descendencia de reyes y demás grandeza de este mundo; á no ser que haya habido dos padres Adanes, y fuesen los de la grandeza del primero, y los plebeyos, del segundo.

Unos momentos antes de concluir esta esplicacion, habia yo sacado de mi fiambrrera una buena tajada de jamen y me la estaba introduciendo en mi estómago; así es que entretenido con este trabajo, no reparé que el buen anciano se hubiese recostado en el coche sin decir una palabra á los circunstantes; pero bien pronto nos llamó la atencion el pataleo que traia, por lo cual todos fuimos á socorrerle.

Su amigo, el mas jóven, le preguntó qué le pasaba, y el anciano con mucho trabajo le contestó *no... pa... sa: no... pa... sa...* (En este acto á mí me pasaba por la garganta un

bocado de jamon con la mayor facilidad). No dijo mas palabras, y quedó mudo; siendo la causa de esta novedad un aire que le habia dado, que por su actividad debia ser el llamado *Cierzo*, ó como en algunas partes le nombran el *regañon*.

PARRAFO VIII.

Sin mas contratiempo, tuve el gusto de reunirme con mi amigo Ferrus; y aunque al principio le vinieron tentaciones á este de reirse, con todo, se contuvo; porque estaba bien persuadido que no debe uno reirse de las debilidades del prójimo, por lo resbaladizo que es este camino para todos; así que no solo me reprendió, sino que con la misma amabilidad de costumbre me abrazó y obsequió, y hasta se alegró de mi regreso, pues me propuso me quedase en su compañía para siempre, á cuyo efecto me cedia la mitad de su fortuna.

Le dí las gracias por semejante favor, pero le manifesté, que así como Noé, despues del Diluvio universal, buscaba con afan el sitio donde habia nacido, y que segun personas entendidas en la materia, este sitio fué España, así siendo yo del mismo deseo, y el cual es nato en todos, no podia aceptar la proposicion que me hacia; por cuya razon, no queriendo contrariarme en una cosa tan justa, se trató el modo de hacer la marcha á mi patria.

Al efecto se mandó construir una barquita, igual á la que al amigo Ferrus le habia servido para su ascension y pasé al país terrestre, con su globo correspondiente, y despues de bien abastecida esta de comestibles, dinero, alhajas y un magnifico telescopio, á las doce del dia, en medio de un innumerable gentío, principié la ascension hasta la altura que me habia dicho mi amigo, desde la cual por medio del secreto consabido, le dí la direccion que en el otro viaje habíamos traído.

A la hora y media observé que el país lunático se iba quedando á un costado, y que debajo de mi globo no veia nada, lo que me hizo creer que me hallaba desviado del país lunático, y que por consiguiente podria divisar el país ter-

restre, á cuyo efecto cojí mi telescopio y me puse á mirar por él hácia la tierra.

Efectivamente, al momento divisé el país terrestre; y recorriendo con dicho instrumento los objetos que se me presentaban, vi en una montaña bastante elevada, que habia cuatro hombres que estaban mirando tambien por medio del telescopio en direccion mia; cuyo acto se me figuró lo ocasionaba el que hubiese visto mi globo, al cual dirigian sus miradas.

Los dejé que formasen los cálculos que quisiesen; y pues que con el mencionado instrumento podia ver los objetos á la distancia de muchísimas leguas en contorno, segun me dijo mi amigo, le puse en direccion del cielo; y con la mayor sorpresa ví, que casi perpendicular á donde yo me hallaba, habia un cometa enormísimo, tan luminoso, que me quitaba la vista, y con un rabo muy prolongado, en cuya conclusion se veia una faja blanquecina horizontal, en la que se leia en letras doradas lo siguiente:

«Dinero á toda costa, pues si no, hacemos el tonto.»

Buen planeta nos rige, dije para mí; de seguro que no nos faltarán calamidades sin cuento, cuyo planeta me hizo venir en conocimiento de que aquellos cuatro hombres que ví estaban mirando en mi direccion fuesen quizá astrónomos que observaban dicho planeta y no mi globo, cuyos sujetos ignoro el nombre que le darian, por lo cual no puedo ponerle aquí.

A poco rato se fué desviando de mi direccion este cometa; y fué tanta la velocidad de mi globo, que en un abrir y cerrar de ojos, me hallé en los confines del Norte, y rodeado de nubes, y en la oscuridad mas completa, me parecia que pronto tocara la tierra de la Siveria; mas cuando me hallaba engolfado en este pensamiento, percibí en mis oidos una voz que en mi nombre me llamaba, cosa que me extrañaba sobremanera; pero como esta voz se repitiese, y el sueño estaba concluyéndose, por ser las ocho de la mañana, abrí los ojos y ví á mi cara esposa, la que, con la mayor calma, me dijo habia concluido los cuartos del mes, y que si queria comer aquel dia, era preciso le diese dinero para la compra.

Yo, que aún tenia mi imaginacion ocupada con la idea de hallarme viajando por la Luna, la manifesté, que ya prin-

cupiaba á sentir la primera necesidad, y bastante apremiante por cierto, de mi regreso al país terrestre; pero que no pasase cuidado, pues en la barquita venia dinero y alhajas en cantidad suficiente para atender á esta necesidad, y á las que yo me proporcionase, las cuales irian en aumento, si así yo lo queria.

A esto me contestó mi esposa, que allí no habia barco ni barquita, ni mas alhaja que la criada que estaba esperando por los cuartos para la compra.

En este momento acabé de despertar de mi sueño, y reconocí que me hallaba en mi alcoba y echado en cama, sacando en consecuencia, que lo de la barquita era ilusion, y la necesidad de tener que suministrar para la compra, realidad.

FIN DEL SUEÑO.

épocas a sentir la primera necesidad, y bastante apremio
por cierto, de mi regreso al país terrestre; pero que no pa-
ese cuidado, pues en la partida venia dinero y alhajas en
cantidad suficiente para atender a esta necesidad, y a las que
yo me proporcionase, las cuales iban en aumento, al ser yo
lo que era.

A esto me contestó mi esposa, que allí no habia luto ni
partida, ni mas alhaja que la criada que estaba esperando
por los cuartos para la compra.

En este momento me acordé de despertar de un sueño, y re-
conoci que me hallaba en mi aldea y echado en cama, su-
cumbiendo en consecuencia, que lo de la partida era ilusión, y
la necesidad de leer que suministraba para la compra, res-
falta.

FIN DEL CUENTO.

